

Howard Zinn
EE.UU.

nuestra guerra contra el terrorismo

Llamo «nuestra» a esta guerra contra el terrorismo porque quiero distinguirla de la que están librando Bush, Sharon y Putin. Las suyas tienen en común el hecho de que se basan en el enorme engaño de persuadir a sus respectivas ciudadanías de que es posible ocuparse del terrorismo por medio de la guerra. Estos dirigentes pretenden que se puede terminar con nuestro miedo a ataques terroristas repentinos, mortales y perversos —un miedo nuevo para los estadounidenses— estableciendo un enorme cerco alrededor de los territorios de donde proceden los terroristas (Afganistán, Palestina, Chechenia) o que mantengan alguna conexión con el terrorismo (Iraq), así como enviando tanques y aviones para bombardear y aterrorizar a todo aquel que viva dentro de dicho cerco.

Dado que la guerra es la forma más extrema de terrorismo, una guerra contra el terrorismo es en sí misma contradictoria. ¿Es extraño o es normal que ningún personaje político de importancia haya señalado algo tan evidente?

Pero los gobiernos de EE.UU., Israel y Rusia han fracasado, incluso dentro de su limitada definición de lo que es el terrorismo. En el momento en que escribo esto, tres años después de los acontecimientos del 11 de septiembre, el número de militares estadounidenses muertos pasa ya de mil, más de ciento cincuenta niños rusos han muerto en el ataque terrorista de una escuela, Afganistán está sumido en el caos y el número de ataques terroristas de importancia se elevó a veintiuno en 2003, de acuerdo con datos oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores de EE.UU.

El sumamente creíble Instituto Internacional de Estudios Estratégicos, con sede en Londres, ha divulgado que «más de 18 000 terroristas potenciales andan sueltos y su reclutamiento se acelera debido a Iraq».

Continúa en la página 10

PÁGINA
02

EXCLUSIVA con
Belén Gopegui
P. de la Hoz

PÁGINA
08

Bush o la edad
de la mentira
José Saramago

PÁGINA
14

una página rescatada de
Nicolás Guillén

CUBA, ES REAL,

Pedro de la Hoz
Cuba

es un proyecto revolucionario real

Nadie se llame a engaño. Parece frágil, pero su fibra interior posee una resistencia a toda prueba. Belén Gopegui no solo es una de las voces más originales de la narrativa española de las últimas décadas, sino también una mujer que escribe como piensa y defiende lo que escribe.

¿Qué se le ocurre cuando la tildan de «cubanófila»?

No sé si alguien me ha llamado eso. Creo que no sería la expresión adecuada. Hay una coincidencia entre el proyecto político que a mí me parecería importante que se hiciera en España y el que está haciendo Cuba, del

que tenemos mucho que aprender. Esa es mi posición, al margen del afecto.

Algunas de las personas que han compartido conmigo la lectura de la novela se preguntan hasta qué punto la protagonista, una joven cubana de 28 años, tiene que ver con la

personalidad, el intelecto y el fuego interior de Belén Gopegui. Quisiera un comentario suyo al respecto.

Siempre que se me hace esta pregunta intuyo que se me está pidiendo que diga que tienen mucho en común. Pero mi obligación es eludir la respuesta. El escritor, la escritora, es nadie cuando escribe. Otra cosa es que deba aceptar luego la responsabilidad de lo escrito y que eso pueda implicar un cierto trabajo político.

Hay en la trama una idea inquietante que a mí, como cubano que vive día a día un proceso atribulado y fascinante a la vez, no se me había ocurrido: el supuesto «suicidio» o posposición del proyecto revolucionario hasta que lleguen tiempos más propicios. Al margen de que se trata de una argucia en el rejuego de inteligencia y conainteligencia que plantea la novela, ¿se trata acaso de una posibilidad entrevista por ciertos sectores de la izquierda intelectual europea?

En los años del período especial hubo un artículo de Manuel Vázquez Montalbán que parecía insinuar algo así. Después lo he oído en alguna conversación con personas cercanas. Pero no creo que sea representativo de una izquierda europea. Mi punto de vista, en todo caso, es que al margen de que se trate, como usted dice, de un planteamiento cebo de la trama, no es en absoluto una opción real. En la actual coyuntura histórica no es posible que una parte elija no jugar, no es cierto el refrán que dos no se pelean si uno no quiere, como ha demostrado recientemente la guerra de Iraq.

Es curioso para mí que usted haya hecho una elección que emparenta con el thriller y, en otro orden de cosas, con la novelística de Graham Greene. ¿Le parece pertinente o no esta observación? ¿Qué me diría?

Ambas observaciones me parecen pertinentes. En cuanto a Graham Greene, alguna vez he dicho que mi intención era hacerle un contrahomenaje, un homenaje a todo lo que había aprendido de él, pero también, desde mi pequeño lugar, una refutación. Porque creo que hay en algunos libros de Greene una cierta complacencia en la ambigüedad, en la contradicción no como algo que se vive, sino casi como algo que se cultiva, se cultiva hasta un punto en donde parece posible, y no solo posible, casi deseable, ser honesto y corrupto al mismo tiempo o cualquier otro par de valores opuestos. En mi novela quería contar que ese estado de indefinición no existe en

Su más reciente obra, *El lado frío de la almohada* (Anagrama, 2004) levantó en España una ola de adhesiones y cuestionamientos. Su argumento tiene por eje la Revolución cubana y las lecturas que suscita este proceso político en la nación ibérica.

Es por ello que le propuse a Belén la posibilidad de una entrevista, a la que accedió con gusto. La correspondencia entre este periodista y la escritora fluyó como si nos hubiésemos conocido de toda la vida. Es una impresión que quiero compartir con los lectores de esta publicación.

¿Cuándo, cómo y por qué se le ocurrió tomar la realidad cubana como referencia para la escritura de una novela?

Quería escribir algo que estuviera más cerca de los planes que de los sueños, como decía Brecht. Cuba es real, es un proyecto revolucionario real. En este momento creo que las novelas deben concentrarse en buscar aquellos proyectos que desplazan los límites de lo real, en vez de intentar desplazar esos límites a través de la mera imaginación.

¿Era consciente de que El lado frío de la almohada sería caldo de cultivo para la polémica, incluso para intentos de descalificación?

¿Cómo ha recibido la andanada de ciertas voces que se expresan en el ámbito intelectual español y la consideran a usted «políticamente incorrecta»?

Sí, era consciente. En cuanto a las andanadas, depende de quien provengan. Solo duelen aquellas que provienen de personas a las que uno en cierto modo admira, en las que cree. Las otras, que son las que han tenido lugar, al menos de momento, pueden ser incómodas, pero no duelen.



Ilustraciones: David

realidad. Y que precisamente porque no existe, es preciso oponer a los valores aún cristianos y aún individualistas de la cultura europea, los valores de un proyecto revolucionario. En cuanto al thriller, José Antonio Fortes, teórico marxista de la literatura, ha escrito que *El lado frío de la almohada* es la novela de un crimen de Estado, de un asesinato político de clase capitalista.

También llama la atención la inclusión en la novela de cartas dirigidas al director de un diario. Por ellas sabemos del mundo interior de la protagonista, pero también se abre un espacio para especular acerca de la identidad ideológica del destinatario ¿En qué clase de director de periódico usted estaba pensando?

En primer lugar me interesaba el artificio de las cartas al director, porque si estas secciones existen dentro de los periódicos en España es solo porque la libertad de expresión se confunde con la libertad del empresario que puede tener un medio de comunicación. Existen porque los lectores no tienen libertad real de expresión para usar esos medios y como no pueden usarlos ni de forma democrática ni de forma representativa, se acude a ese falso consuelo que es la carta al director. En cuanto a la clase de director, pongamos todos aquellos que se han servido del aura de la izquierda, del atractivo de unos valores, ante los que resulta casi imposible no asentir. Se han servido de esos valores pero después los han arrumbado en el último estante de su estantería y los han traicionado o simplemente los han olvidado, enredados en el peso y el precio de tener una posición dominante en el mercado capitalista.

¿Qué opinión le merece el manejo mediático de la realidad española y, en especial, lo que se publica acerca de Cuba en los medios de mayor circulación e impacto público?

Ya casi nadie piensa que la prensa en las democracias representativas pueda ser ese cuarto poder separado del resto y capaz de ejercer un contrapeso. El tratamiento mediático de la realidad cubana en España es una de las pruebas evidentes de que no hay independencia ni apego a la verdad en la prensa de los grandes medios de comunicación, sino fundamentalmente, defensa de unos intereses privados.

Usted sabe que Cuba presentó por enésima vez un proyecto de resolución ante la Asamblea General de las Naciones Unidas que condena el bloqueo y la guerra económica de EE.UU. contra la población de la Isla. El año pasado respaldaron la moción nada menos que 179 países. Sin embargo, el bloqueo y la guerra persisten. ¿Cómo interpreta usted ese desprecio de Washington hacia la voluntad de la mayoría?

Detrás del bloqueo hay vidas concretas, cientos y cientos de miles de vidas concretas, vidas de personas cubanas, desde luego, y también vidas de personas españolas, holandesas, suecas que una tarde pueden volver a su casa con miedo a que las despidan o les cierren la empresa solo porque le vendieron a Cuba

una vacuna que contenía una pequeñísima parte de sustancia fabricada en EE.UU. El bloqueo es una forma de dominación ejercida sin ni siquiera intentar disimularla y creo que ese desprecio por el otro, por la vida del otro, está volviéndose contra EE.UU. y que así se verá, de nuevo, en la votación.

*Regresando a la novela, ¿cómo la siente a estas alturas al compararla con *Lo real* y su producción anterior?*

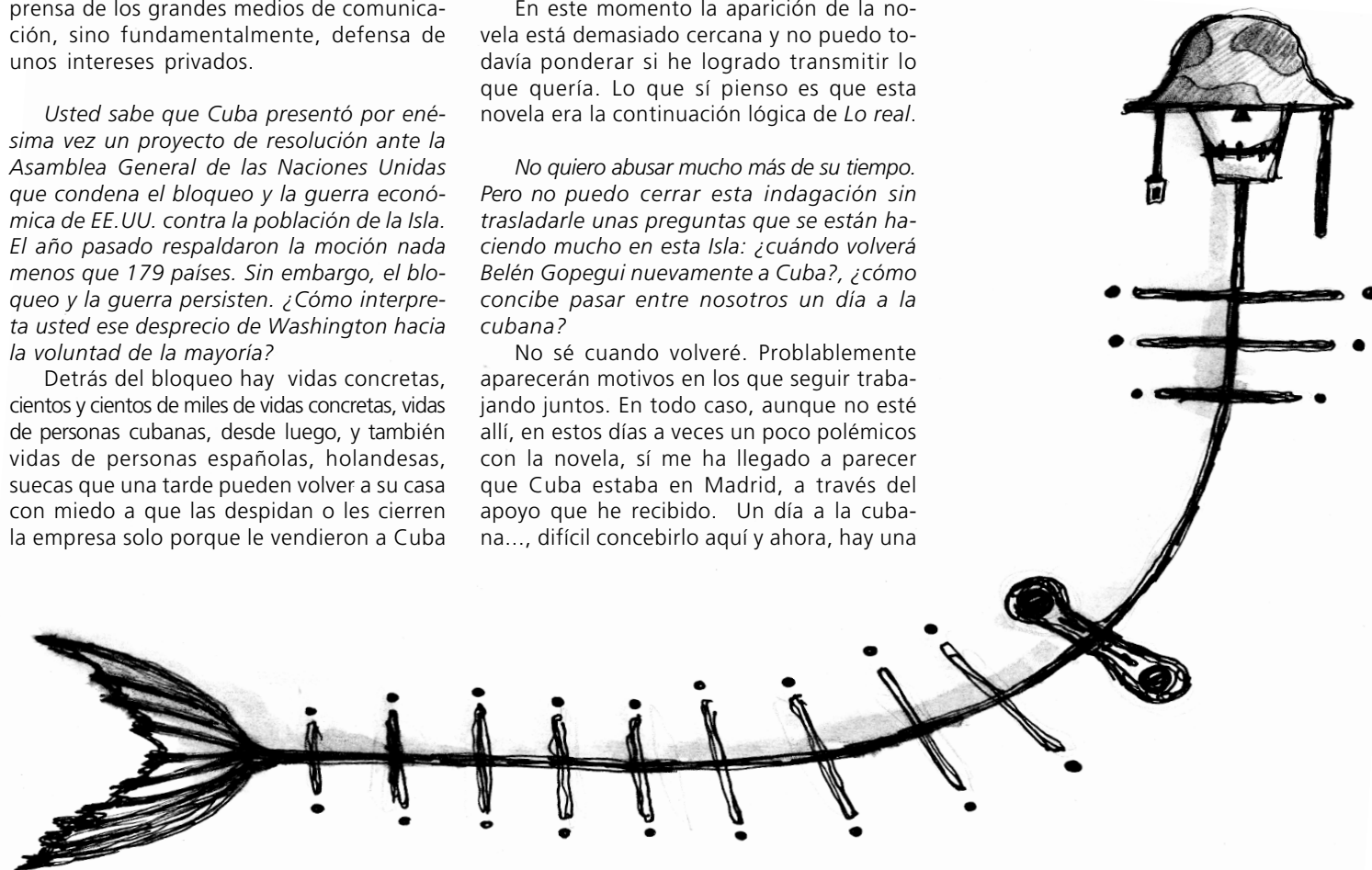
En este momento la aparición de la novela está demasiado cercana y no puedo todavía ponderar si he logrado transmitir lo que quería. Lo que sí pienso es que esta novela era la continuación lógica de *Lo real*.

No quiero abusar mucho más de su tiempo. Pero no puedo cerrar esta indagación sin trasladarle unas preguntas que se están haciendo mucho en esta Isla: ¿cuándo volverá Belén Gopegui nuevamente a Cuba?, ¿cómo concibe pasar entre nosotros un día a la cubana?

No sé cuando volveré. Probablemente aparecerán motivos en los que seguir trabajando juntos. En todo caso, aunque no esté allí, en estos días a veces un poco polémicos con la novela, sí me ha llegado a parecer que Cuba estaba en Madrid, a través del apoyo que he recibido. Un día a la cubana..., difícil concebirlo aquí y ahora, hay una

imagen de un poema que para mí concentra muy bien el momento en donde empiezan a ocurrir las cosas que deseamos: «como el latido de los pinares, al pararse el viento, que se preparan para oscurecer». ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n181_10/181_06.html



los hijos según SERRAT

Amado del Pino
Cuba

Para los actuales cuarentones o cincuentones la huella artística y humana del cantante catalán Joan Manuel Serrat se adentra en el terreno de lo entrañable. Yo tenía doce años cuando su primera visita, y la recuerdo no solo como la visión de un ídolo, sino como un soplo de aire fresco. Esa etapa no era de machos ortodoxos ni de gente bien vista, según el lente estrecho de algunos, aquella hermosa y viril melena. Nos apegamos a la radio o a ciertos casetes milagrosamente conseguidos, para escuchar una y otra vez aquello de «tu nombre me sabe a hierba» o «poco antes de que den las diez». Después, ya avanzados los 70, vendrían los discos negros con Serrat cantando a los inmensos poetas Antonio Machado y Miguel Hernández. Reunirse en torno al tocadiscos soviético de algún amigo, era como una pequeña asamblea de personas sensibles. Todavía conozco a un actor que en las fiestas caseras, por allá por el desenfado de la segunda botella de ron, entona su versión de los mayores éxitos de Joan Manuel.

Cuando fui a Barcelona en el 91 alguien me consiguió los datos del cantor y entrevistarle se convirtió en una idea fija. Pero extravié sus señas en el Metro y no pude verlo de frente hasta una noche en el bar habanero El Gato Tuerto. Entonces, varios de sus fans, decidimos respetar el carácter privado de la visita de Serrat y, en vez de importunarle con

preguntas o autógrafos, brindamos por su genialidad como si siguiera a miles de kilómetros de distancia. Otra vez, de visita en Canarias, atisbé su rostro en un anuncio televisivo. El corazón me saltó con miedo a una decepción. Pero nada de eso, el artista colaboraba con la Sociedad de Cardiología, se limitaba a un texto tan sobrio como sus mejores canciones y a un breve y aleccionador pedalear en bicicleta.

Ahora he vuelto a pensar en este artista de mi alma. He recordado especialmente una de sus canciones que más nos ha hecho llorar, reflexionar, desatar ese sentimiento que algún sabio llamó el placer de estar triste: la melancolía. Sí, «A menudo los hijos se nos parecen /y así nos dan la primera satisfacción...». Pero más cierto aún es que nadie podrá impedir que un día nos digan adiós. Amadín entró al preuniversitario de Ciencias Exactas. No solo se adapta a la vida múltiple y compartida de la escuela interna, sino que a mis preguntas comienza a contestar con cierto aire que se ubica entre la condescendencia y el cansancio. Adriana, que cumplirá once, me hizo bajarme del potro de ciertos sueños, invitándome a poner los pies en esta tierra de los dos, y a la vez en este siglo, esta sensibilidad que les pertenece con más derecho y naturalidad. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n181_10/lacronica.html



Ilustración: Aldo

me la melancolía

en la corte de los milagros

Para Leo Senmanat, Sergio Lago y Adriana Naveda
Para Alberto, en Xalapa

Me gustó llegar de México y encontrar las dos últimas *Jiribillas* esperándome. No sé si sea demasiado para mi poca capacidad confesional (lo que siempre es problemático) decir que leo sus páginas todas, que las disfruto mientras ponen mis células grises a funcionar. En la última leo sobre *mi Silvio*, una crónica del concierto *Cita con ángeles*, donde, claro, no pude estar. Pero había estado días y días pensando en Silvio, abría los libros de poesía e inconscientemente buscaba en ellos algún verso de sus canciones.

El culpable, de cierto modo, fue Iroel, mi amigo, uno de los persistentes que, junto a León Estrada y Reynaldo García Blanco nos propusimos encontrar la huella de la obra vastísima de nuestro trovador, en la vastísima poesía cubana de los últimos tiempos. Así que en México, en un encuentro cálido y emotivo con estudiantes de la Licenciatura de Letras Mexicanas de la Universidad de Veracruz, estoy hablando de algo que parecía impreciso por su título «Materia de la poesía: la responsabilidad de la palabra» y que desencadenó un diálogo hermoso entre aquellos jóvenes y esta poeta, sobre problemas

primera nota y cuando vi la emoción de aquel público de bailadores, extasiados con el sonido nuestro. Este otro grupo, más modesto, pero muy bueno, es el disfrute puro de lo que es la música de la Isla. Excepto aprender a bailar, los músicos de Xalapa, Veracruz, gozaban «cubanamente» el repertorio que tocaban, y los tres cubanos eran la música, allí, en aquel sencillo lugar. Juraban las amigas que el tresero era músico del puerto, y yo, con cierto nacionalismo, les decía que «un tres tocado así, solo por un cubano», y claro que tenía razón.

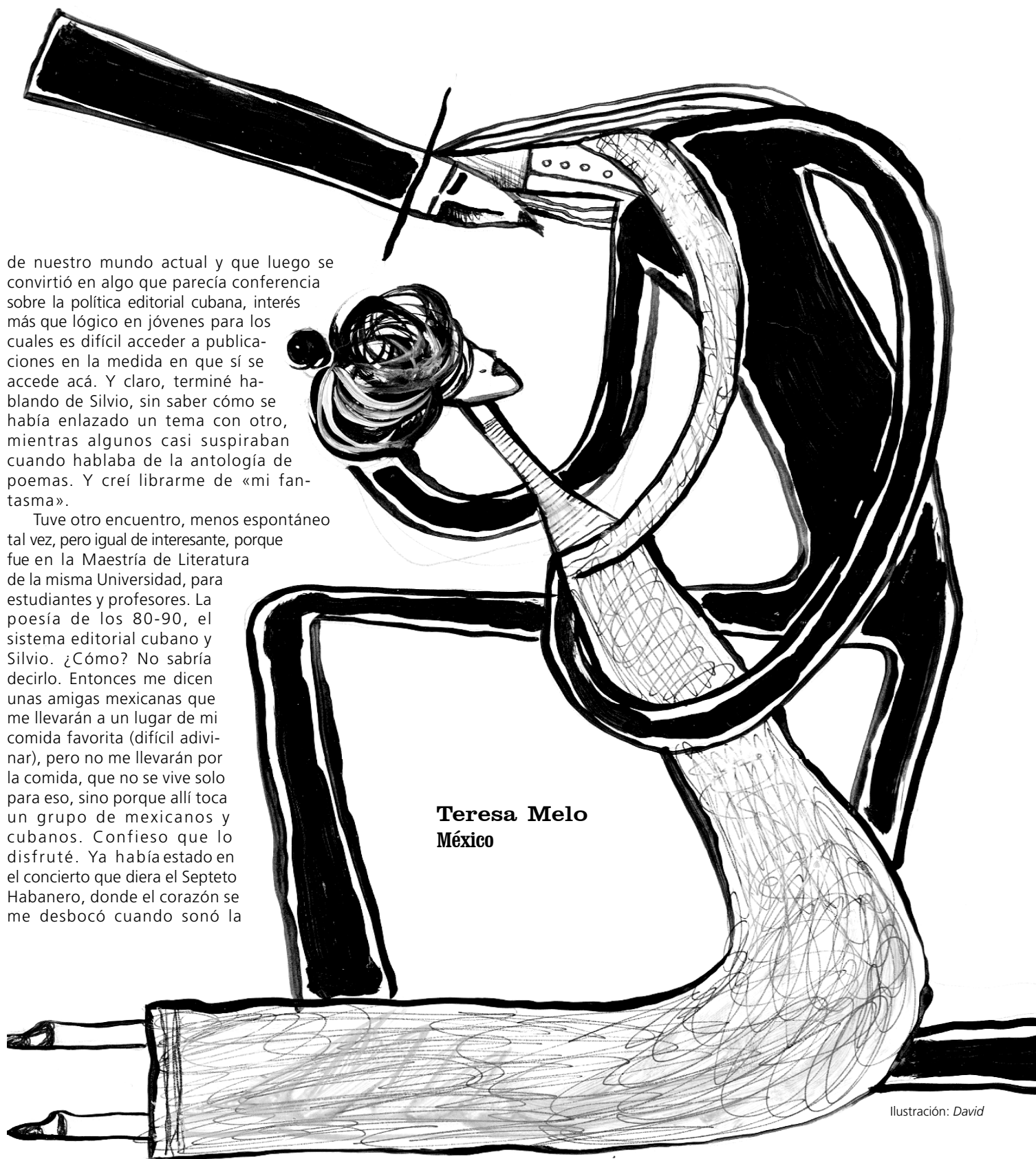
Les cuento esto porque cuando me preguntaron dónde quería celebrar (un poco adelantado) mi cumpleaños, dije: «En Lorenzillos, con los cubanos». Entonces sí me atreví a hablarles y me alegraré siempre, y lo disfruté como se disfruta lo nuestro en todos los sitios del mundo, y ellos reían con lo que decían «la risa cubana» que yo les había llevado hasta allí. Así que nos fuimos a otro lugar, el del título: «La Corte de los Milagros», como esos cafés de las películas adonde van los artistas, porque allí también tocaban, en otro grupo, los que ya eran «mis cubanos». La gente baila y yo, que no sé mucho, agradecí que un muchacho mexicano muy joven estuviera emocionado porque era «la primera vez que bailaba con una cubana, y porque él amaba toda mi cultura y le parecía que tenía que haber nacido en

Cuba». Rodrigo se llama aquel muchacho de veinte años que nunca ha visitado la Isla, y se sabe canciones y nombres de escritores y muchas cosas más que son parte de su sueño.

A las tres de la madrugada, cuando la Negra Modelo sabe mejor, un trovador mexicano tomó el pequeño escenario, y ¿qué creen que hace cada vez que toca allí? Canta todo el repertorio de Silvio, cualquier canción, la que le pida el público que era evidentemente asiduo al lugar. Así que cantamos a pulmón o quedamente tema a tema, todos, mientras mis cubanos de vez en vez subían a acompañarlo. Fue, de todos los momentos mágicos que mis amigos y mi vida me regalan, uno de los más hermosos.

Así que finalmente no pude librarme del fantasma Silvio durante esos días, pero en realidad nunca lo he buscado. Alguna vez le contaré cómo suenan sus canciones cuando él no está, cuando no hay un escenario gigante de un teatro o una plaza, cuando unos que nacieron bajo nuestro mismo cielo dicen ya las palabras nuestras mezcladas con las de allá y ambos acentos crean uno nuevo, pero lo pierden cuando cantan «Oh, melancolía» con toda la melancolía que cabe en la penumbra, cuando los otros que cantan no saben los caminos que hemos atravesado juntos la Isla, sus canciones y yo. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n182_10/182_14.html



Teresa Melo
México

Ilustración: David

de nuestro mundo actual y que luego se convirtió en algo que parecía conferencia sobre la política editorial cubana, interés más que lógico en jóvenes para los cuales es difícil acceder a publicaciones en la medida en que sí se accede acá. Y claro, terminé hablando de Silvio, sin saber cómo se había enlazado un tema con otro, mientras algunos casi suspiraban cuando hablaba de la antología de poemas. Y creí librarme de «mi fantasma».

Tuve otro encuentro, menos espontáneo tal vez, pero igual de interesante, porque fue en la Maestría de Literatura de la misma Universidad, para estudiantes y profesores. La poesía de los 80-90, el sistema editorial cubano y Silvio. ¿Cómo? No sabría decirlo. Entonces me dicen unas amigas mexicanas que me llevarán a un lugar de mi comida favorita (difícil adivinar), pero no me llevarán por la comida, que no se vive solo para eso, sino porque allí toca un grupo de mexicanos y cubanos. Confieso que lo disfruté. Ya había estado en el concierto que diera el Septeto Habanero, donde el corazón se me desbocó cuando sonó la

de espaldas a los centenarios

*Nada ansio de nada,
mientras dura el instante
de eternidad que es todo,
cuando no quiero nada.*
O. GIRONDO

Hoy, de lágrimas ante las efemérides, sitiado ante la cultura, coincido indispuesto en mi contexto, desorientado en mi praxis de angosta e inconsecuente postura... como lombriz plástica seducida, reiteradamente aborrecido por las vidrieras. Así, víctima de la *toilette* del consumo, me resulta harto difícil esgrimir homenajes póstumos que, inconscientes, se vomitan a la deriva. Sí, pasa que mi adrenalina se acentúa en presente de desdicha, rigurosamente alicaído, desprovisto, sin posibilidades de resurrección concreta.

La iniquidad se enquistaba en el espíritu del Occidente mutilador de cuanta esencia. África se muere, devastada por las simuladas intenciones de Naciones Unidas, revolcada en la sinopsis del desconsuelo maquillado. El Fondo Monetario Internacional desangra el gris harapo utópico que a sabiendas se resiste, en ocasiones en vano a la desdicha ontológica de los predicadores de la importancia del aire sin brisa, del Sol sin mirada o de la voluntad no de rodillas de un posible despertar manipulado en su embrión disgustado.

Así, abochornado ante el Afganistán abolido, inútil ante Iraq asesinada, indefenso ante Haití devastada, mutilado de verbo por la Palestina inexistente... Así, a merced de la catarsis de mis intestinos hurtados, me encuentro; pesimista por la Venezuela de riesgos, escéptico ante el timorato amanecer de una América poblada de dantesco entusiasmo, alimentada de pólvora en píldoras. Tiemblo ya sobornado ante el neofascismo indigente que se burla impune del miserable y endeble racionalismo semihumano. La barbarie es erecta, legionaria, asfaltada, sin rumbo, descarnada, fatal, indecisa, abyecta. El presente es tan hostil como dócil. Se impusieron la usura, el vicio del «todavía y siempre esperando», sí; así como menesterosos seguimos adulando la farsa, sobornando los simulacros, creyentes aún de la bigamia política.

Pienso que pudimos ser testigos de la historia abortada, la de sombras de seres y no de la impostura absoluta. Pudimos no ser miembros del continuar esperando la desesperanza ya en coma. El pensamiento como rector de actitudes, se quedó en el símbolo de la incongruencia suicida de un Ser absoluto, que se creyó el verso inoportuno de la eficacia occidental como estamento de vuelo.

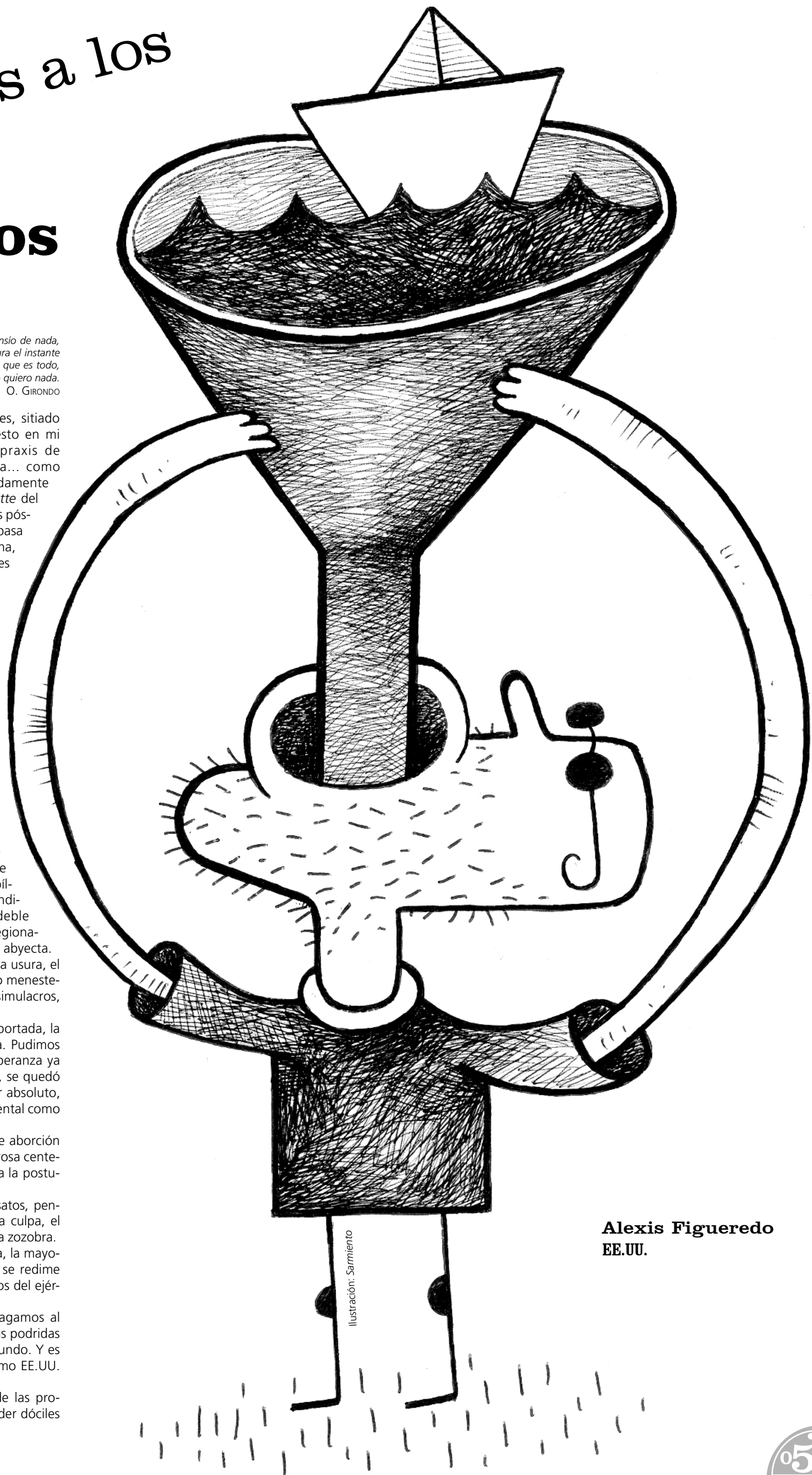
Así me resulta imposible evocar los cien años de aborción de Neruda; tampoco puedo pensar en la elegante prosa centenaria de Carpentier. La hipocresía convulsa desgarró la postura de la infraestructura ósea.

Así de simple, nos diluimos, alarmados e insensatos, pensándonos como imágenes posibles. Exhortando a la culpa, el desdén, aplaudiendo el hedor del cáncer, reciclando la zozobra.

Ya desdichados, seguimos prestos a la propuesta, la mayoría, como indigente masa supeditada al dictamen, se redime ante el secuestro, como desafortunados uniformados del ejército del vidrio.

Así, entre el vulgo y los «capacitados», naufragamos al ritmo de los bufones que se creen la veracidad de las podridas encuestas, las que *a priori*, deciden el futuro del mundo. Y es que somos tan pobres, que un desdichado país como EE.UU. nos ultraja la sombra.

Así de pensadores somos, así confinados desde las propuestas, decidimos abandonar nuestra sombra y ceder dóciles al ultraje creado por nuestras manos. ▀



Alexis Figueredo
EE.UU.

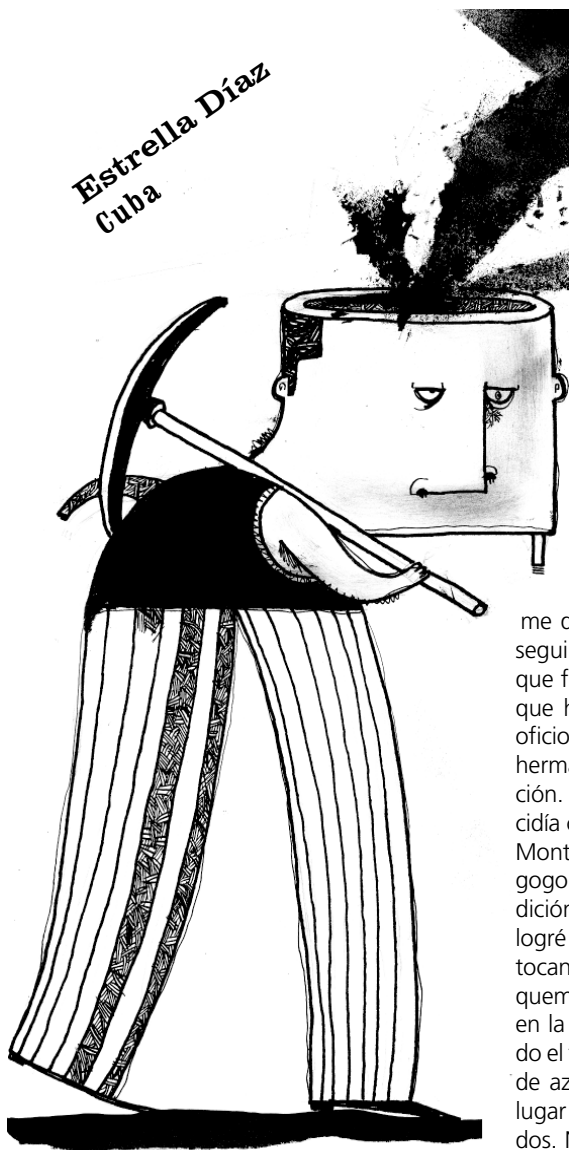


Ilustración: Eric

Los marineros de aquel entonces —en su mayoría analfabetos— cuando iban a hacer un barco miraban un árbol y cuando encontraban gajos fuertes y curvos los cortaban, con eso iban construyendo las embarcaciones. Eso siempre me gustó mucho, ver cómo trabajaban.

Quedó en mi mente...

También de niño observaba con mucho detenimiento a los hipocampos, es decir, los caballitos marinos.

Tengo entendido que su papá fue albañil y zapatero; un hombre que tuvo una gran influencia en usted y que a los once años le dio un consejo...

Sí, llegaron las vacaciones y mi padre me dijo: no puedes seguir yendo a la escuela, seguirás dando clases con tu hermana María, que fue de las primeras maestras de certificado que hubo en Cuba. Entonces, iba a aprender oficio por el día y en la noche estudiaba con mi hermana. Lo primero que hice fue ir a una fundición. Allí aprendí el oficio de fundidor, pero coincidía con que cerca de ese lugar vivía José María Montalbán, un gran músico y prestigioso pedagogo. Por la tarde, cuando salía del taller de fundición daba clases de música. A los dos años logré integrar la Banda Municipal de Caibarién tocando el trombón de bala. En esa época me quemé con bronce y cambié de oficio: ingresé en la construcción de peón de albañil... Pasando el tiempo, ya en el año 1928, había que cubrir de azulejos el Ayuntamiento de Caibarién, un lugar que entonces servía para curar a los heridos. Nadie quería hacer ese trabajo porque era

y fui para Caibarién. Recuerdo que mi madre — que murió hace muchos años— cuando me vio llegar me dijo: no te apures, ya tendrás otra oportunidad y yo le grité: ¡qué va mamá, si traigo la beca en el bolsillo! Así en el año 1928 vine para La Habana; la beca nada más que me duró tres meses porque no pagaron más. Seguí de música, trabajando en cabarets, hasta que ingresé en la Orquesta Filarmónica.

¿En el año 1938 es que se dedica por entero a la escultura?

Trabajaba de noche en los cabarets, me acostaba a las cinco de la mañana y a las ocho estaba en San Alejandro. En el año 1936 terminé mis estudios, pero en el 38 convocaron a las cátedras por oposición en San Alejandro y ahí me presenté y obtuve una beca por concurso. Todos mis amigos me decían: ¿por qué sigues de músico? Y les contestaba: eso no tiene nada que ver. Seguí siendo profesional en San Alejandro y miembro de la Orquesta Filarmónica.

¿Quizás por eso es que existe tanto ritmo en su trabajo como artista plástico?

Para mí es necesario porque no sabemos dónde termina el ballet y dónde comienza la música. Y creo firmemente que las artes plásticas, la música y la literatura están tan mezcladas que lo que uno sabe de una cosa le beneficia cuando se quiere insertar en otra.

En mi caso no puedo vivir sin la música, cuando trabajo me gusta poner la radio porque me siento ligado. La escultura es ritmo, oigo una pieza y simulo la forma. Por ejemplo, ¿qué hace un bailarín sin una orquesta? Los movimientos se los va indicando la música. Creo que realmente, el que se dedique a las artes plásticas y no sienta la música está perdido.

los amigos y de la prensa. Me puse a trabajar. Como tenía muchos conocimientos sobre fundición aproveché y pude hacer mi exposición con esculturas fundidas en bronce en el año 1948 en el Palacio de Bellas Artes de México.

¿Y España?

No pude visitar España en esa época. Sin embargo, hice una buena amistad en París con Wifredo Lam, que había pasado de España a Francia. También con otros cubanos entre los que estaba un hermano de ese gran músico que fue Eliseo Grenet.

Usted es uno de los creadores cubanos que con mayor relevancia ha utilizado el concreto directo, ¿por qué la inclinación por ese material, al parecer tan poco dúctil?

La escultura que ejecuto en concreto es completamente distinta a la que se hace en otras partes. No creo que la haya inventado, pero la realicé sin saber cómo la hacían otros. Parto, primero, de la estructura en acero y luego la recubro con hormigón sin tener que pasar por el proceso de modelarla en barro. Hay ejemplos que demuestran que esta forma de hacer da resultados. En el año 1957 hice la escultura del Hotel Habana-Riviera, un grupo grande que tiene unos siete metros y que está en el frontal, más otros grupos menores. Hice la estructura, la recubrí con hormigón... y aún hoy, frente al mar, donde el salitre hace gran daño, se mantiene perfectamente bien. También trabajé el bronce, pero en grupos distintos: los grandes divididos en fragmentos y después unidos con soldadura, pero buscando siempre que el metal tenga el mismo color. Ese es el caso de Ritmos, que está en el Hotel Habana-Riviera, eso está hecho en cuatro o cinco partes y no se conoce.

A Gelabert le conocí en 1994 —a menos de un año de su fallecimiento—, una mañana en que lo visité en su entonces casa-taller de la calle Panchito Gómez, aquí en La Habana. Ya enfermo, recuerdo que hizo un gran esfuerzo para conversar; unas tres horas estuve junto al artista, tiempo que me bastó para comprender la grandeza de su sencillez. Nunca más le volví a ver.

Ha transcurrido el tiempo y hace apenas unas horas regresé a la calle Panchito Gómez con el propósito de buscar recuerdos, fotos y conversar con su viuda, Lilliam Soto Cáseres —octogenaria que me recibió entre sonriente y melancólica—, quien contrajo matrimonio con el escultor el 28 de diciembre de 1956 en la Iglesia de San Juan de Letrán, en el Vedado.

Por voz de Lilliam supe que en el año 2000, a consecuencia de un incendio, el taller de Gelabert, su sitio permanente de trabajo desde 1951, fue literalmente arrasado por las llamas. El fuego, implacable, redujo a cenizas la inmensa riqueza, material y espiritual, que atesoraba el lugar; apenas unas poquitas esculturas quedaron emplazadas en el patio lateral y en el jardín frontal de la casa.

Miraba los destrozos del siniestro mientras recordaba cuando hace diez años, grabadora en mano, estuve sentada en ese taller conversando con el escultor, rodeada de hermosas esculturas, bocetos de futuros vitrales, el olor a cemento, los moldes de yeso... Ese diálogo inédito hasta hoy es, a mi entender, una humilde evocación a un artista mayúsculo.

De los orígenes

Nací en la calle Maceo, de Caibarién, Villa Clara, en 1904. A los cuatro años se manifestaba en mí el deseo del dibujo porque, según mi familia y algunos recuerdos que tengo, modelaba con el fango de las zanjas. A los seis años nos mudamos hacia un barrio más cercano al mar donde mi papá hizo una pequeña casita.

Muy cerca de la nueva vivienda estaban unos astilleros y yo los frecuentaba; me gustaba mirar cómo se construían los barcos. Ahora es que me doy cuenta de que posiblemente ya estaba surgiendo en mí la iniciativa de tallar la madera.

Florenccio Gelabert:

LA ESCULTURA ES RITMO

muy poco lo que pagaban. Yo, como entendí que aquello era un beneficio para el pueblo, me brindé voluntariamente para azulejar ese lugar.

Un día, en el pasillo del Ayuntamiento, veo una convocatoria para la Academia de San Alejandro, fue de las primeras becas que se ofrecieron en Cuba. También había para la Escuela Normal, para la de Artes y Oficios y para la de Técnica Industrial. La que menos cupo tenía era San Alejandro: nada más que dieron seis becas. Convocaron a una fecha determinada y yo me fui para Santa Clara en una guagua de asientos atravesados y con un lápiz de dos centavos en el bolsillo. Me presenté; por la mañana era el examen teórico para el cual me preparó mi hermana, y por la tarde los ejercicios de dibujo. Recuerdo que había que hacer un dibujo libre y miré una botella de cerveza, de aquellas que tenían un oso con las patas metidas dentro del témpano de hielo. Eso fue lo que se me ocurrió dibujar. Nos dijeron: tal vez más tarde o mañana se dará el resultado.

Tenía que irme para Caibarién, pero decidí sentarme en el parque que está frente al Instituto de Segunda Enseñanza, que fue donde se hizo la prueba y estaba el jurado, que se reunió a las once de la noche... Ahí me quedé hasta saber el resultado. Fui el último que nombraron. Así obtuve la beca. Al amanecer cogí mi guagueta

¿Qué música prefiere escuchar?

Toda la música, pero me formé escuchando la clásica, aunque también disfruto de la popular. Esa discusión que existe de si es clásica o popular, creo no es necesaria. Adoro por su calidad la de Franz Lizt, Mozart, Bethoven y otros grandes.

En el año 1938 usted viaja a Europa y de esa etapa ha confesado: «Mi estancia en Europa no influyó en mis raíces, pero sí mucho en mi técnica». ¿En qué sentido?

En el año 1938 aproveché las vacaciones y me fui a Europa. Primeramente a Francia y ahí visité el Museo del Louvre, luego marché hacia Bélgica y después a Italia, específicamente a la ciudad de Florencia. Pude ver todo el movimiento de la plástica de Europa; mi visita a España fue posterior. Pero ahora me doy cuenta de que si analizamos el proceso de la escultura universalmente tenemos un salto desde los griegos hasta Francia, que asimila esa herencia. Más tarde me fui a México y en el año 1940 estuve en EE.UU. y pude ver la grandeza arquitectónica, la composición y la inclusión de todos los estilos sintetizados. En el 1946, me correspondió en San Alejandro el período sabático, que es un año con sueldo y me fui a México y luego seguí rumbo a EE.UU. Cuando llegue tuve el apoyo de

De manera que puedo decir que el concreto y la fundición en arena, en Cuba, han dado muy buen resultado. Lo del concreto directo quiero repetirlo, porque hago la estructura en acero y luego, directamente, la recubro con hormigón sin pasar por el proceso del modelado en barro y el vaciado en yeso.

Según su experiencia, ¿cuáles son las principales ventajas que tiene la utilización de concreto directo?

Si un edificio dura 100 años en hormigón, pues también lo puede durar la escultura. No hay problemas. No tiene nada que ver el diseño con la técnica que se utilice. En Cuba los ingenieros y los arquitectos afortunadamente tienen una gran experiencia en el tratamiento del hormigón y han aceptado como bueno lo que he hecho. Además, es más económico y el escultor que trabaja en el hormigón tiene la ventaja de que su obra es duradera, como lo es un edificio. Lamentablemente muchos artistas no se dedican a trabajar con el hormigón, quizás, porque tiene las dificultades del oficio; no se puede olvidar que fui albañil y fundidor y todo eso me ha servido para llegar a un resultado.

Es como la talla en madera. En la escuela no enseñan a tallar en madera, eso uno solo ha ido buscando la forma de desarrollarla y así ocurre

con muchas cosas. Hoy, por ejemplo, están las resinas. El Domo del Habana-Riviera, —que tiene más de mil metros cuadrados de cerámica italiana y cubana— está asentado con resina; que yo conozca es el único caso que hay en Cuba.

¿Y esa idea cómo surgió?

Yo sabía que existían esas resinas, pero no cómo aplicarlas. Y en el Habana-Riviera vinieron unos técnicos extranjeros con resinas e hicieron algunas pruebas. Hay resinas que se mezclan al 50%, es decir, mitad y mitad, y otras que son tres, cuatro partes con arena. Cuando vino el técnico me dijo que eso se mezclaba con arena y que en 20 minutos estaba fijado. Él trajo su arena, hizo su mezcla y pasaron los 20 minutos y aquello no endurecía. Entonces yo hice mi prueba porque llevaba mi cartucho de arena cubana y a los 20 minutos le dije: probemos. Indiscutiblemente la mezcla con la arena que utilicé ha resistido el paso del tiempo.

¿Obras más famosas?

Hay dos que prácticamente han recorrido el mundo. Una es la de la Terminal de Ómnibus de La Habana, que simboliza la velocidad, y la otra la del Habana Riviera. Como vienen muchos extranjeros al hotel entonces les sacan fotografías y he recibido cartas de otros países en las que me hacen preguntas. En el Hotel Atlántico, al este de La Habana, también hay una escultura grande.

Está próximo a cumplir 86 años, ¿sigue trabajando?

De día trabajo la talla en madera y de noche dibujo en función de los vitrales. Pienso hacer

una exposición sobre este tema porque creo firmemente que el vitral puede suplir hasta los cuadros al óleo en muchos lugares. Tiene la ventaja que lo acompaña la luz y nuestro sol que es tan especial. Muchas veces se pierden oportunidades y con esa muestra quiero reivindicar al vitral.

¿Mayor aspiración?

He podido constituir mi familia. Mi esposa fue farmacéutica, pero ahora que ya se retiró se ha convertido en una muy buena orientadora porque asimila las artes plásticas, y tengo un hijo que también es escultor.

¿Por qué las mascarillas?

He hecho algunas de amigos que merecían la pena para el recuerdo. Está el caso de la de José Raúl Capablanca, ese maravilloso ajedrecista. Cuando murió trajeron el cadáver por el muelle y lo llevaron directamente al Capitolio. Lo tendieron en el Salón Martí nada más el tiempo que utilicé, que fue de hora y media, para hacer la mascarilla. Otra mascarilla era de un gran amigo, el maestro Gonzalo Roig, uno de los mejores directores de orquesta de nuestro país. También hice la de Kid Chocolate, un boxeador de gran mérito, vendedor de periódicos. Cuando me enteré de su fallecimiento fui a la funeraria y ejecuté la mascarilla. En el caso de Romañach fui su alumno y después compañero en el claustro de San Alejandro. Fue uno de los grandes pintores que hemos tenido en el continente americano, un hombre muy humilde que gozó de gran admiración dentro de sus alumnos. Al morir Romañach pensé que no debía quedar en el olvido un hombre tan grande y además de hacerle

la mascarilla se me ocurrió prepararle un molde a la mano del maestro para que eso estuviera como un recuerdo en los museos.

¿Influencias?

A medida que uno cursa estudios va sintiendo admiración por los egipcios, por los griegos, los franceses, pero de todos modos uno hace una síntesis. Todos han dejado algo y esas huellas quedan en la cultura sedimentada por los siglos. El artista de hoy tiene que analizar mucho lo que hace y tener en cuenta que existe un pasado vivido por la humanidad.

Las tallas de madera que nos rodean en este estudio me dan la impresión de que tienen influencias del arte africano. ¿Estoy en lo cierto?

Creo que la cultura cubana es de asimilación. Por ejemplo, cuando se escucha la música de Haití se nota la influencia francesa, cuando se escucha la de Jamaica, la influencia inglesa. Sin embargo, en Cuba se funde la música española con el sufrimiento de los esclavos. El único lugar de descanso que tenían los esclavos era para dormir y mitigar los daños del látigo cantando... de ahí el resultado de la fusión de la música española con la nuestra que ha dado este resultado: es única. En las artes plásticas suceden otras cosas. Una vez un señor inglés me preguntaba por qué en mis esculturas nunca aparecía una sonrisa y le contesté que porque todavía tenemos la melancolía de los sufrimientos. Uno recuerda mucho el sufrimiento de sus antepasados. Soy mestizo, soy mezcla de negro y de chino, de manera que no es que yo quiera pensar así, sino que me nace. Cualquier persona que escuche «La

bella cubana», de White, se da cuenta que tiene cierta melancolía. Hay mucha música alegre en Cuba y otra que nos trae el mensaje del pasado.

Pero, ¿por ser mestizo se sintió limitado?

Conocí perfectamente los prejuicios raciales, los viví y siempre los evité; me sentía satisfecho de ser mestizo porque me recordaba a mis padres. Tanto la raza blanca como la negra han dado grandes patriotas, artistas, poetas, músicos y literatos. El prejuicio nos viene con la colonia; pero, afortunadamente, hemos dado un gran salto. Hoy sabemos que el hombre es lo importante sin tener que mirar su piel. Igual se aprecia a un médico como a un artista y no importa si es negro o blanco. Los cubanos debemos de estar muy contentos de la forma en que hoy vivimos.

Cien años han transcurrido del nacimiento de Florencio Gelabert (23 de febrero de 1904) y diez de la entrevista que hoy publicamos (30 de agosto de 1995), hasta el momento inédita. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n181_10/181_08.html

Recí oyendo hablar de Camilo. Mi padre, que nunca llegó a alzarse, fue miembro activo del Movimiento 26 de Julio y le conoció cuando cruzó el río Cauto, después del combate de La Estrella. Tengo la visión de su rostro en una noche invernal de 1958 y quizás por las tantas veces que me había enseñado mi abuela, se me pareció definitivamente a Cristo.

Pero claro, la mayor parte de las referencias que guardo de Camilo, la aprendí de mis mayores. Pude ver un papelito muy doblado que por mucho tiempo tuvo mi padre, hasta que lo perdió en una carrera a caballo en el potrero. Era la licencia que él le otorgaba para que pudiera portar un revólver Colt 45. A estas alturas esto me recuerda el interés del Ejército Rebelde por legitimar sus actos y sus acciones, como ya en el siglo XIX había hecho la primera República de Cuba en Armas.

Yo vivía con mi abuelo Agustín, en lo que ellos llamaban la finca de adelante (Santa Isabel); por eso no pude estar allá en El Monte, como se le decía a la otra finca, cuando Camilo llegó allí con su columna poco tiempo antes de emprender la invasión a Occidente.

Mi madre dice que llegaron ya cuando la noche era una boca de lobo, y se acomodaron silenciosos en la cocina. A esa hora lo que había en la casa era un racimo de plátanos manzanos y una bola de queso fresco. Ella puso en la mesa los alimentos, y Camilo le pidió un cuchillo. Cortó el queso en tantos pedazos, como soldados traía. Luego se los fue entregando junto con un platanito. Al final, apenas se comió las boronillas.

Esa noche del 58, ni Camilo y por supuesto, mucho menos mis padres, se podían imaginar la sorpresa que traería la transmisión de la radio revolucionaria. Luego del queso y los plátanos, pasaron a la sala de la casa campesina, para poder sintonizar la radio alimentada por pilas secas. Después de salvar la impedimenta de las interferencias, se escuchó la voz de Violeta Cals: «¡Aquiiiiiii Radio Rebelde...!». Dijeron los partes de los enfrentamientos en los diferentes frentes y luego leyeron informaciones enviadas desde la Comandancia de Fidel. Al final, informaban que por disposición del alto mando Orlando Lara —que siempre operó en el llano— era ascendido a capitán; y Camilo Cienfuegos a Comandante. Él se quedó mudo, dejándose abrazar, dice mi madre, por toda la gente de su tropa.

Después le vino ese manotazo de su desaparición. De creer que aparecía por momentos. De echar, todavía en el río Cauto un barquito con flores, con la esperanza de que llegara al mar. Tuvo que pasar mucho tiempo, para que yo entendiera, como lo habrán hecho tantos de mis semejantes que en lo mejor de cada uno de nosotros, está Camilo sonriendo y atreviéndose a todas las aspiraciones por venir. ■

**Bladimir
Zamora
Céspedes
Cuba**

la mayor manera de ser humano



Ilustración: Raupa

La carrera política y empresarial de George Walker Bush, hijo del director de la CIA y, más tarde, 41º presidente de los EE.UU., George Herbert Walker Bush, se encuentra narrada y documentada en no pocas obras que han investigado los sótanos de la política norteamericana, y constituye un ejemplo perfecto y acabado de arribismo sin escrúpulos. Este artículo, tanto por la brevedad como por la falta de pretensión, debe ser entendido solo como una mirada estupefacta sobre uno de los más deprimentes espectáculos representados en el escenario donde implacablemente se juega, como si de simples marionetas se tratara, con el destino de millones y millones de seres humanos. Los avatares y los caminos que acabaron sentando a George Walker Bush en el trono imperial y colonial de la Casa Blanca son en general conocidos, pero creo que puede ser de alguna utilidad en estos días que corren, como un resumido *vademécum*, la relación de las principales etapas que marcaron la vida y milagros del actual (y fraudulento) presidente de EE.UU. de América del Norte, George Walker Bush, a quien los amigos, en el tiempo de la juventud (y quién sabe si todavía hoy), llamaban cariñosamente W. Y ya que, según las mejores

biografías autorizadas, George Walker, igual que Saulo al caer del caballo en el camino de Damasco, recibió de las alturas la iluminación de la gracia que, en su caso, le hizo dejar el alcohol y arrepentirse de la vida disoluta en que se le estaba perdiendo el alma, me permitiré, tomando como piadoso ejemplo las estaciones del *vía crucis* cristiano, enumerar algunos pasos de la peculiarísima *vía triunfalis* que, por ser el hijo mayor de su señor padre, le habría de conducir hasta el ombligo del mundo, más conocido como Despacho Oval.

Helas aquí: la primera estación muestra hasta qué extremo influyó el peso político y empresarial paterno para que George W. fuese admitido y obtuviera fáciles diplomaturas en las universidades de Andover y de Yale; en la segunda estación se explican las maniobras y los artificios de que George W. se sirvió para que lo situaran en el primer lugar de una lista de espera de miles de candidatos a inscribirse en la Guardia Nacional de Tejas y de esa manera tener una excelente razón para no ir a la guerra de Viet Nam; en la tercera estación se destapará el engranaje financiero empleado para reflotar las compañías petroleras de George W. cuando estaban al borde de la quiebra; en la cuarta estación se aclara el laberíntico proceso de venta de las acciones de la Harken Energy Corporation; en la quinta estación se describe la operación de adquisición del equipo de béisbol Texas Rangers y cómo la posterior venta de la parte de George W. (pese a ser minoritaria) hizo de él un multimillonario; finalmente, en la sexta y última estación se analizan en pormenorizadamente las campañas que, en dos ocasiones, elección y reelección, colocaron al hijo amadísimo de George Herbert Walker Bush al frente del Gobierno del Estado de Tejas, último escalón que le faltaba a W. para que, un día, ojos desafiando ojos, dispuesto para desenfundar el Colt de la pistolera, como en OK Corral, pudiese pronunciar ante la cara de la asombrada estatua de Abraham Lincoln estas palabras que, en

su boca, suenan como un insulto: «Yo también soy presidente de los EE.UU.».

Presidente de los EE.UU., sí, pero solo gracias al fraude, a la mentira, a la manipulación. Peor aún que todo esto, y hablando alto y claro: George Walker Bush llegó a la presidencia de su país por obra de un golpe de Estado perfectamente caracterizado, al que solo le faltó el habitual retoque militar, aunque no, por cierto, la aquiescente benevolencia del Pentágono. La acción conjunta (y concertada) de cinco jueces de derecha del Tribunal Supremo de los EE.UU.; del gobernador de Florida, Jeb Bush, hermano del candidato republicano, y de la mayoría abrumadora de los medios de comunicación social norteamericanos, con especial relevancia de los informativos de televisión que, controlados por grandes corporaciones industriales y financieras, difunden la opinión directa del Estado-empresa, tuvo como consecuencia una de las más ignominiosas y descaradas usurpaciones de poder que los tiempos modernos tuvieron la desgracia de testificar. El mundo presenció una exhibición de prestidigitación política que ensombrecerá para siempre las artes manipuladoras de otro presidente norteamericano, Richard Milhous Nixon, aquel que entró en la Historia de los EE.UU. con el expresivo apodo de Dick Trick, que significa algo así como embustero, farsante, impostor, tramposo (dejo al lector que elija el término que considere más adecuado). Me pregunto cómo y por qué EE.UU., un país en todo tan grande, ha tenido, tantas veces, tan pequeños presidentes...

George W. es seguramente el más pequeño de todos. Con su mediocre inteligencia, su ignorancia abisal, su expresión verbal confusa y permanentemente atraída por la irresistible tentación del disparate, este hombre se presenta ante la humanidad con la pose grotesca de un cowboy que ha heredado el mundo y lo confunde con una manada de ganado. No sabemos lo que realmente piensa, no sabemos siquiera si piensa (en el sentido noble de la palabra), no sabemos si en realidad no será un robot mal diseñado que constantemente confunde y cambia los mensajes que le pusieron dentro. Pero honra le sea hecha al menos una vez en la vida, hay en George Walker Bush, presidente de EE.UU., un programa que funciona a la perfección: el de la mentira. Él sabe que miente, sabe que nosotros sabemos que está mintiendo, pero, por pertenecer a la tipología de comportamiento del mentiroso compulsivo, seguirá mintiendo aunque tenga delante de los ojos la más desnuda de las verdades, repetirá la mentira incluso después de que la verdad le haya estallado ante su rostro. Mintió para hacer la guerra contra Iraq como ya había mentido sobre su pasado turbulento y equívoco, es decir, con la misma desfachatez. La mentira en George W. viene de muy lejos, la trae en la masa de la sangre. Como mentiroso emérito, él es el corifeo de todos los mentirosos que lo han rodeado, aplaudido y servido como lacayos durante los tres últimos años. Ahora son menos los *yes men*, pero todavía sueltan sus gorgoritos embaucadores. No había armas de destrucción masiva en Iraq, las que existieron fueron destruidas tras la guerra del Golfo, en 1991.

George Walker Bush expulsó la verdad del mundo para, en su lugar, inaugurar y hacer florecer la edad de la mentira. La sociedad humana actual está impregnada de mentira como de la peor de las contaminaciones morales, y él es uno de los mayores responsables de este estado de cosas. La mentira circula impunemente por todas partes, se ha erigido en una especie de otra verdad. Cuando hace algunos años un Primer Ministro portugués, cuyo nombre por caridad omito aquí, afirmó que «la política es el arte de no decir la verdad», no podía imaginar que George W. Bush, tiempo después, transformaría la chocante afirmación en una travesura ingenua de político periférico sin conciencia real del valor y del significado de las palabras. Para George W. la mentira es, simplemente, una de las armas del negocio, y, tal vez la mejor de todas; la mentira como arma, la mentira como vanguardia de los tanques y de los cañones, la mentira sobre las ruinas, sobre los muertos, sobre las pobres y siempre frustradas esperanzas de la humanidad. No es cierto que el mundo sea hoy más seguro que hace tres años, pero no dudemos de que sería mucho más limpio y tranquilo sin la política imperial y colonial del presidente de EE.UU. de América, George Walker Bush, y de cuantos, conscientes del fraude que cometían le abrieron el camino hacia la Casa Blanca. Después de dispararle un tiro a Abraham Lincoln. ▀

Este artículo reproduce en lo esencial el prólogo a *El Nerón del siglo XXI*, de Jamer H. Hatfield, publicado en España por Editions Toméli-Ediciones Apóstrofe.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n182_10/182_27.html



GEORGE W. BUSH O LA EDAD DE LA MENTIRA

José Saramago
Portugal

la revolución tranquila

1. La revolución pacífica

Cautelosa, modestamente, los bolivarianos llaman «proceso de cambio» a lo que están haciendo en Venezuela; pero es una revolución.

Una revolución pacífica, dicen algunos, y la fórmula parece, más que una paradoja, una contradicción *in terminis*, una de esas «fusiones de contrarios» que solo son posibles en los sueños. ¿Cómo puede ser pacífica una revolución? ¿Cómo se puede poner fin sin violencia a la suma violencia de la explotación? ¿Cómo pueden abolirse sin recurrir a la fuerza unos privilegios de clase obtenidos y mantenidos por la fuerza? No en vano el Manifiesto Comunista empieza recordándonos que «la historia de todas las sociedades es la historia de la lucha de clases», para proclamar luego abiertamente que el objetivo de la revolución es la abolición de la propiedad privada, y concluir diciendo que dicho objetivo «solo puede ser alcanzado derrocando por la violencia el orden social existente».

Si por revolución pacífica entendemos no violenta, la fórmula no parece viable, aunque el propio Lenin acariciara la idea: «Si existe una sola posibilidad entre cien (de un desarrollo revolucionario pacífico), vale la pena intentar realizar esa posibilidad» (*Sobre los compromisos*, 1917), dijo poco antes de la Revolución de Octubre. Pero el intento, como es bien sabido, fracasó. ¿Por qué? El propio Lenin lo diría poco después, en el VIII Congreso del PCR, en marzo de 1919: «Señores capitalistas, vosotros sois los culpables. Si no hubierais ofrecido una resistencia tan feroz, tan insensata, insolente y desesperada, si no os hubierais aliado con la burguesía de todo el mundo, la revolución habría asumido formas más pacíficas».

Los capitalistas venezolanos también están ofreciendo una resistencia feroz, insensata e insolente; aunque, por desgracia, no tan desesperada como la de los capitalistas rusos de hace cien años, pues cuentan con el apoyo de la CIA y de las multinacionales. La Revolución bolivariana, por tanto, no puede ser pacífica, si por pacífica entendemos inerte y sin violencia alguna; pero tal vez consiga ser incruenta. Es imprescindible tener las armas listas, pero tal vez no sea necesario usarlas.

Normalmente, la burguesía cuenta con el ejército, el clero, los políticos corruptos y los intelectuales vendidos al poder para anestesiar o reprimir a la clase obrera. Pero, por una serie de circunstancias (dignas, por cierto, del más atento análisis), en Venezuela la situación es tan atípica como esperanzadora. Los bolivarianos no solo cuentan con el apoyo del pueblo, sino también con el del ejército y el clero progresista, así como de un importante sector de los intelectuales. Sus enemigos son solo los explotadores y los grandes medios de comunicación (que, como en la «España democrática», como en casi todo el mundo, están en manos de gánsters). Sin interferencias externas, la victoria de la Revolución bolivariana habría sido rápida y aplastante.

Pero EE.UU. no puede tolerar que triunfe el proyecto emancipatorio venezolano. Y no es el petróleo la principal causa, como no lo es en Iraq. Lo que más preocupa, y con razón, a la plutocracia estadounidense es la posibilidad de que Venezuela se convierta en una nueva Cuba, en un segundo foco revolucionario capaz de «contaminar» a toda Latinoamérica. Para Washington y sus aliados, el nuevo «eje del mal» es el eje Habana-Caracas, y la violenta campaña mediática internacional contra Cuba y Venezuela de los últimos meses (en la que los medios españoles, sobre todo el diario *El País*, han desempeñado un papel especialmente inicu) es una buena prueba de ello.

¿Qué están dispuestos a hacer la CIA y el Pentágono para impedir el triunfo de la Revolución bolivariana? Cualquier cosa, no nos quepa la menor duda. Pero, afortunadamente, en estos momentos no pueden permitirse el lujo de hacer todo lo que quisieran. La heroica resistencia bélica del pueblo iraquí y la heroica resistencia pacífica del pueblo cubano, entre otras cosas, limitan considerablemente las posibilidades de agresión directa de la mayor y más despiadada potencia militar de todos los tiempos.

2. La revolución dialéctica

Como los seres vivos, como las especies mismas, la sociedad y la economía son sistemas complejos adaptativos, capaces de modificarse en

función de las circunstancias para mejorar sus expectativas de supervivencia y desarrollo. Las maniobras adaptativas son continuas, pero, salvo en situaciones críticas, no suelen ser bruscas ni aparatosas: en general, responden a estrategias recurrentes que se confunden con el flujo mismo de la existencia. Solo en ciertas situaciones de máximo riesgo o de extrema tensión, los seres vivos, las especies, las sociedades y las economías cambian radicalmente de estrategia adaptativa.

Una revolución (en el sentido marxista del término) es una estrategia de supervivencia colectiva radicalmente nueva, provocada por condiciones (socioeconómicas) extremas. Una estrategia que nace de la desesperación y la convierte en esperanza, en la única esperanza posible para los desposeídos, para los que no tienen nada que perder más que sus cadenas. Y, por lo tanto, una revolución no es un paso histórico más, sino un salto brusco, en alguna medida imprevisible e incontrolable. El consabido esquema ensayo-error-rectificación-acierto, base de todo aprendizaje, deja de ser cíclico, deja de ser una espiral de expansión lenta, pero segura, y se vuelve lineal (al menos a corto plazo), se convierte en un grafo sin bucles, en un camino sin cambios de sentido, en un experimento con escaso margen para las repeticiones y rectificaciones necesarias. El proceso revolucionario, arrastrado por su propio impulso inicial, por el enorme empuje necesario para «romper las cadenas», adquiere una peligrosa inercia, corre el riesgo (y hasta ahora casi siempre ha caído en él) de volverse mecánico, adialéctico.

Cuba, gracias a unas circunstancias físicas y políticas peculiares¹, logró moderar su «inercia postruatural», lo que permitió, entre otras cosas (y entre otras causas), que su revolución fuera mucho menos violenta que otras. Venezuela, en circunstancias aún más peculiares, podría haber logrado poner en marcha una revolución dialéctica, en la que la teoría y la praxis transformadora tienen tiempo de confrontarse y corregirse mutuamente. Una revolución tranquila, pausada, si no del todo pacífica. Pues la única paz posible, y la única deseable, es la Irene de los griegos, la Paz hija de la Justicia, y mientras no haya justicia en el mundo, no podrá haber auténtica paz, ni internacional ni intranacional.

3. La Nueva Internacional

Mientras en Iraq y Palestina se libra la madre de todas las batallas, en Cuba y Venezuela se sufre y se resiste el padre de todos los asedios. Un implacable asedio económico, político y mediático contra el que debemos luchar sin descanso, y no solo por solidaridad, sino por nuestro propio futuro. Frente al imperialismo genocida, frente a la homologadora globalización del expolio y el exterminio, todos somos palestinos e iraquíes, cubanos y venezolanos, vascos e irlandeses... Una Nueva Internacional de pueblos dignos y valerosos (que no necesita número, pues es a la vez primera y última en su género) está tomando forma para desesperación de los imperialistas y sus cómplices, de los fascistas y los socialdemócratas. Intentarán desarticularla por todos los medios. No lo conseguirán. Nuestra red espaciotemporal ya es demasiado tupida, demasiado fuerte para desgarrarla. Hoy en Latinoamérica es posible un Chávez porque hay un Castro y ha habido un Allende (y porque hubo un Bolívar, un Martí, un Zapata). Los bolivarianos surgen en una tierra abonada y reclamada por los zapatistas, las FARC, el MST...

Los imperialistas saldrán de Iraq y de Palestina con el rabo entre las piernas, como salieron de Viet Nam, y no entrarán en Venezuela, como no han entrado en Cuba. Euskal Herria e Irlanda serán naciones libres e independientes... Y de esa pluralidad de pueblos insubmisos, soberanos, nacerá la única unidad deseable, la única posible. ■

Notas:

1- Cf. mi artículo «El tamaño de la revolución» (Gara, 19 10 03, y www.nodo50.org/contraelimperio).

<http://www.lajiribilla.com/noticias/n0081.html>

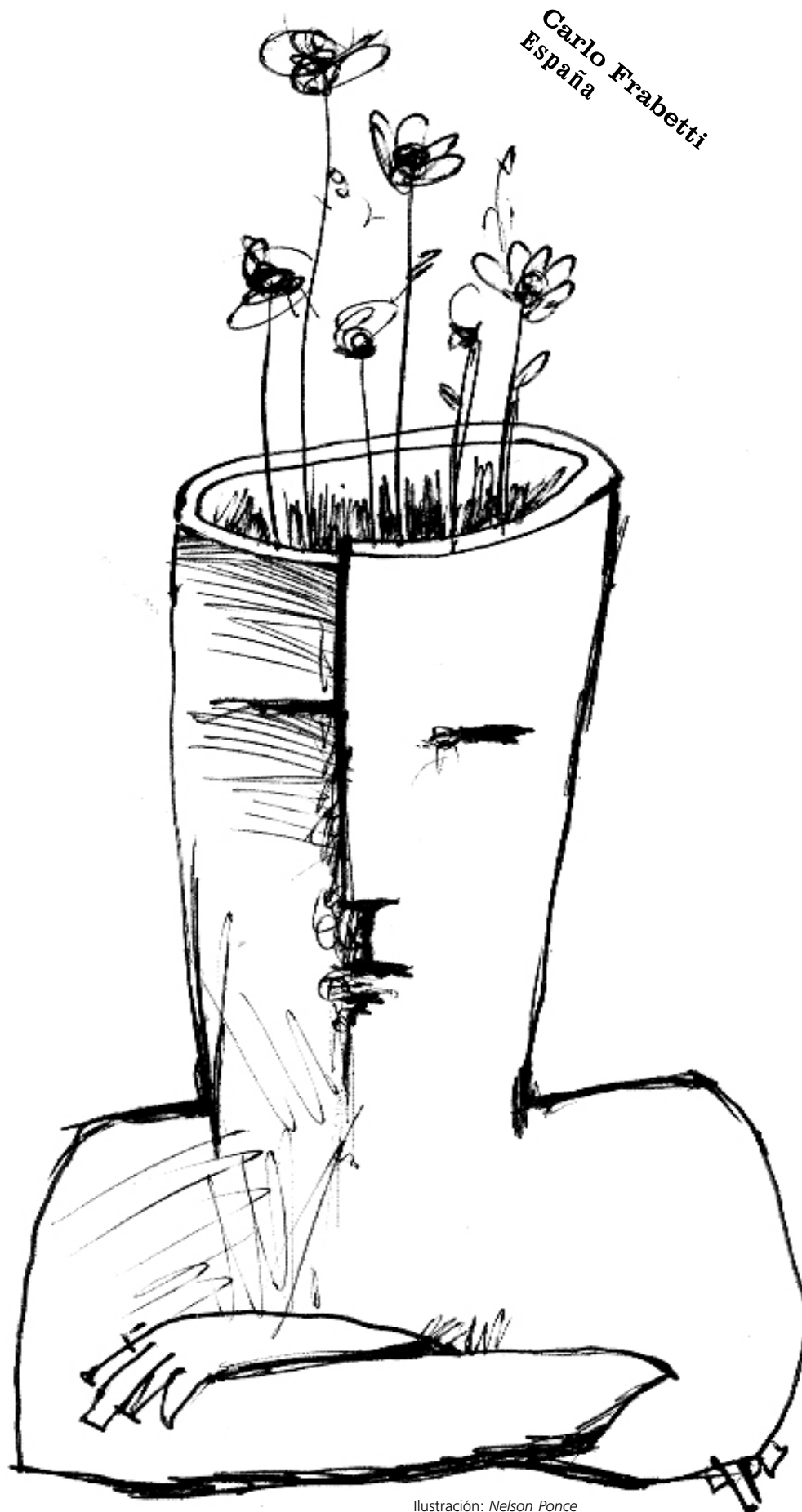


Ilustración: Nelson Ponce

nuestra guerra

contra el terrorismo

Viene de la página primera

Con un fracaso tan obvio y con el presidente Bush en plena contradicción semántica (el 30 de agosto dijo: «No creo que se pueda ganar esta guerra», y al día siguiente: «No lo duden, vamos a ganarla»), parece asombroso que las encuestas muestren que una mayoría de estadounidenses siga convencida de que el Presidente ha hecho «un buen trabajo» en la guerra contra el terrorismo.

Se me ocurren dos razones para ello:

En primer lugar ni la prensa ni la televisión han representado el papel de críticos fustigadores que hubieran debido en una sociedad cuya doctrina democrática fundamental (véase la Declaración de Independencia) dice que no se debe confiar a ciegas en el gobierno. Los medios de comunicación no le han aclarado al público —al menos con claridad meridiana— cuáles han sido las consecuencias humanas de la guerra en Iraq.

Me refiero no solo a las muertes y a las mutilaciones de nuestra juventud, sino a las muertes y a las mutilaciones de los niños iraquíes (en estos momentos estoy leyendo una noticia sobre un bombardeo estadounidense en la ciudad de Fallujah que ha provocado la muerte de cuatro niños, mientras que los militares de EE.UU. afirman que forma parte de «ataques selectivos» sobre «un edificio utilizado con frecuencia por terroristas»). Creo que la compasión natural de los estadounidenses se despertaría si de verdad entendieran que estamos aterrorizando a los demás con nuestra «guerra contra el terror».

Una segunda razón para que haya tantas personas que aceptan el liderazgo de Bush es que el partido de la oposición no ha hecho valer ningún argumento contrario. John Kerry no ha desmentido la definición de terrorismo que ofrece Bush. No ha puesto el dedo en la llaga. Ha hecho un amago y ha escurrido el bulto al decir que Bush emprendió «la guerra incorrecta en el lugar incorrecto y en el momento incorrecto». ¿Existen las guerras correctas en lugares correctos y en los momentos correctos? Kerry no ha hablado con claridad, con audacia, de una manera que apele al sentido común de los estadounidenses, de los cuales al menos la mitad está contra la guerra; y muchos más a la espera de las sabias palabras de un auténtico líder. No ha contradicho la premisa fundamental del régimen de Bush, a saber, que la violencia masiva de la guerra es la respuesta adecuada contra el ataque terrorista que tuvo lugar el 11 de septiembre de 2001.

Empecemos por reconocer que los actos terroristas —el asesinato de inocentes para alcanzar el objetivo deseado— son algo moralmente inaceptable, que cualquier persona preocupada por los derechos humanos debe rechazar. Los ataques del 11 de septiembre, los kamikazes palestinos en Israel o la toma de rehenes por parte de los nacionalistas chechenos se sitúan fuera de los límites de cualquier principio ético.

Esto es algo que se debe recalcar, porque en cuanto alguien sugiere que vale la pena considerar otras maneras de replicar, aparte de la venganza violenta, se le acusa de simpatía hacia los terroristas, lo cual es una manera absurda de terminar una discusión sin estudiar alternativas inteligentes a la política actual.

Surge entonces la pregunta: ¿Cuál es la manera apropiada de responder a actos tan horribles? Hasta ahora, la respuesta de Bush, Sharon y Putin es la fuerza militar. Tenemos ya bastantes pruebas de que eso no acaba con el terrorismo, sino que incluso puede incrementarlo y, al mismo tiempo, provoca la muerte de cientos o miles de inocentes que viven en el entorno de los supuestos terroristas.

¿Cómo es posible que las ciudadanía de Rusia, Israel o EE.UU. apoyen respuestas tan obviamente ineficaces o contraproducentes? No es difícil de explicar. Se debe al miedo, a un miedo profundo y paralizante, a un pánico tan intenso que deforma las facultades racionales, de tal manera que la gente acepta una política que solo tiene una cosa en su favor: permite que uno perciba que se está haciendo algo. En ausencia de alternativa, en presencia de un vacío de la política, el llenado de ese vacío con un acto decisivo se vuelve aceptable.

Y cuando el partido de la oposición y su candidato a Presidente no tienen nada que ofrecer para llenar dicho vacío, el público siente que no le queda más opción que aceptar lo que se está haciendo. Es algo gratificante desde el punto de vista emocional, incluso si el pensamiento racional sugiere que no funciona ni funcionará.

Si John Kerry no puede ofrecerle al pueblo estadounidense una alternativa a la guerra, son entonces los ciudadanos quienes tienen la responsabilidad de presentar tal alternativa haciendo uso de todos los recursos que estén a su alcance.

Sí, podemos intentar protegernos por todos los medios contra ataques futuros, tratando de asegurar aeropuertos, puertos, ferrocarriles u otros centros de transporte. Sí, podemos intentar capturar a los terroristas conocidos. Pero ninguna de tales acciones acabará con el terrorismo, que se origina en el hecho de que millones de personas en el Oriente Próximo y en otros lugares están encolerizadas por la política estadounidense y es entre esos millones donde surgen quienes llevarán su cólera a extremos fanáticos.

Un anónimo analista en terrorismo, cercano a la CIA, ha dicho sin rodeos en un libro, que la política estadounidense —el apoyo a Sharon, la fabricación de las guerras de Afganistán e Iraq— «está completando la radicalización del mundo islámico».

A no ser que reexaminemos nuestra política —nuestro despliegue de soldados en cien países (preciso es recordar aquí que el acuartelamiento de soldados extranjeros era una de las quejas de los revolucionarios estadounidenses), nuestro apoyo a la ocupación de tierras palestinas, nuestra insistencia en el control del petróleo del Oriente Próximo—, viviremos siempre llenos de miedo. Si anunciáramos que vamos a reconsiderar esa política, y lo cumpliésemos, podríamos empezar a secar el enorme depósito de odio en que se incuban los terroristas.

Sea quien sea el próximo Presidente, al pueblo estadounidense le tocará exigirle que inicie una audaz reconsideración del papel que nuestro país debería representar en el mundo. Esa sería la única solución posible para un futuro de miedo interminable y acuciante, «nuestra» guerra contra el terrorismo. ■

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n0061.html>



Ser cubano y hablar de cultura obliga siempre a hablar de política. Dar por descontado que bajo el título «Cultura y libertad en Cuba» debemos comenzar de inmediato a defendernos de las sospechas que penden sobre nosotros, sería una conclusión natural: el sol alumbraba, la lluvia cae y Cuba es de los pocos lugares de este mundo donde no existe libertad. Las suspicacias del poder mediático difícilmente concebirían un panel titulado «Cultura y libertad en Europa», aunque en Europa el FBI acabe de secuestrar los servidores de Indymedia o de pronto se cierre un periódico a punta de metralla. Así sucede cuando el sistema, generalmente eficaz en su control de la disidencia, teme no poder garantizar que los medios de difusión sean propiedad exclusiva de quienes componen el 20% de la sociedad, pero pagan el 100% de la publicidad —lo más parecido a toda la dependencia y toda la democracia— de la prensa proclamada independiente y los partidos políticos llamados democráticos.

Que solo se relacionen cultura y política cuando de Cuba se trata, nos revela, en realidad, que en el resto del mundo se soslaya ese vínculo desde la quimérica «imparcialidad» de los tribunales mediáticos, donde solo se escucha la voz de la fiscalía. Si excluir sistemáticamente a la mayoría de la población del acceso a la cultura crea las condiciones para apartarla de manera creciente de la política, las elecciones pueden ser para las clases altas un ejercicio de consumo más, que mantiene intactas las estructuras de su dominación; sin embargo, para los de abajo, son un juego de azar en el que se apuesta cada seis o cuatro años y siempre se pierde.

No hablemos ya de lo que pudiera significar «cultura y libertad» para la mayor parte de los habitantes de este planeta en que los «libres analfabetos» abarcan el 30 o el 40% de la población, y los «desnutridos libres» conforman las grandes masas humanas, defraudadas elección tras elección, por las democracias que se dicen representativas..., ejemplos florecientes de cultura y por tanto paradigmas de la libertad a las que Cuba, pobre hereje inculto y esclavo, debería tratar de imitar.

Discordantemente para los medios del poder global, pero con naturalidad para los cubanos, desde José Martí a Fidel Castro, la cultura se entiende en nuestro país como el único modo posible de ser libres. Sin embargo, realizar, a la sombra asfixiante y hostil del imperio más agresivo de la historia, una obra que dote a cada ciudadano de la preparación intelectual y los instrumentos políticos necesarios para ser un participante activo de su sociedad, no es una empresa fácil. Y mentiría si afirmara que aspirar a esta concepción de la cultura en un país obligado a vivir en un estado de amenaza permanente no implica contradicciones. Quienes transitan nuestras calles y escuchan hablar a los cubanos o lean los libros que se escriben y publican hoy en Cuba, no encontrarán material para una novela rosa. Hallarán, eso sí, individuos con

una particular estima de sí mismos, forjada en la participación, en la igualdad de oportunidades para todos, y legitimada por las mayorías en la defensa de esos derechos frente al acoso constante de nuestro poderoso vecino, cuyo Presidente acaba de declarar por enésima vez que Cuba debe ser libre y que para eso ha destinado 59 millones de dólares.

Recordar la oferta de EE.UU., en términos de libertad y cultura, quizá ayude a comprender por qué somos tan reacios al proyecto de quienes se empeñan en financiar constante y generosamente nuestras libertades. Lástima que ese dinero ya no pueda impedir la destrucción de la biblioteca y el museo de Bagdad. Su ferviente pasión por la libre circulación de las ideas les permite prohibir la edición de autores cubanos en EE.UU., aunque solo traten sobre bosques o mariposas o la entrada a su territorio de los artistas cubanos nominados al premio de música Grammy, después de la correspondiente acusación de terroristas. ¿Y la de sus testigos de cargo, «víctimas» de la intolerancia, esos seres sedientos de diálogo, presu-puestados en Washington y pagados en Miami, que se marchan «indignados» de una embajada en La Habana porque no soportan escuchar un matiz diferente a la voz de su amo? Tan ocupados en ir de recepción en recepción y de corresponsal en corresponsal, no han podido enterarse de que su admirado Henry Kissinger dijo hace mucho tiempo: «es peligroso ser nuestro enemigo, es fatal ser nuestro aliado». Pero estos aliados cobran y cobran bien, aunque una parte de los 59 millones se quede en un recodo del camino llamado Miami. Por ese dinero hasta el brindis de una recepción diplomática se puede sacrificar. En fin, siempre les quedarán los cocteles de la Oficina de Intereses norteamericana, que allí la voz del amo sí se entiende, aunque sea con acento anglosajón o tal vez por eso mismo.

Gracias a las primeras planas, a los espacios de opinión al alcance de todos, menos de quienes discrepan acerca de Cuba o cualquier tema estratégico de la agenda imperial, las sospechas de los poderosos se convierten en certeza y los coincidentes con el tolerante y dialogador lema «Iraq now, Cuba after» pueden, de pícaros con salario en dólares, pasar a *freedom fighters*, que, luego de las bombas, merezcan los bien remunerados cargos de un gobierno de transición. Los cubanos sabemos, y nos consta, que en este guión cualquier semejanza con las «democráticas» elecciones que acaban de ocurrir en Afganistán, sería algo más que pura coincidencia.

Miles de torturados y muertos después, se podrán poner en duda las «certezas» esgrimidas para la invasión, se publicará en algún sitio que les pagaba la CIA —*remember* Allauí y el Frente de Liberación de Kosovo— o que el pretexto era falso —*remember* armas de destrucción masiva en Iraq—, y entonces los fiscales tendrán todo el espacio para convencernos de sus buenas intenciones y pasar rápidamente a difundir las sospechas de mañana. Sus víctimas, sin embajadas que los inviten ni corresponsales que los entrevisten, no podrán contar su historia en ediciones de lujo ni dispondrán de columnistas en los grandes periódicos. Culpables por adelantado, no tendrán rostro ni voz, como tampoco

los tienen los familiares de los presos en los infiernos de Abuh Ghraib o en la base naval norteamericana en Guantánamo, pertenecientes todos a la categoría eterna de los sospechosos.

«Iraq ahora, Cuba después»... Los condenados del «después» seguimos sospechosamente inaugurando bibliotecas, escuelas de arte y universidades en cada rincón de la geografía cubana, al que llega la casi totalidad de los títulos que se editan en el país —noventa millones de ejemplares el pasado año—; continuamos fundando editoriales —existen ciento veintiocho en la Isla— donde los autores, y no el mercado, deciden lo que se publica. En esas editoriales, al igual que en las revistas culturales, publica sus textos una cantidad creciente de escritores cubanos residente en el exterior. ¿Cuántos guatemaltecos, dominicanos, hondureños o nicaragüenses emigrantes publican en editoriales de sus países de origen, a no ser aquellos pocos, muy pocos, que logran despertar el interés de las transnacionales de la edición? ¿Interesan a algún periódico o los entrevistan los grandes suplementos culturales? ¿Cuántas editoriales sobreviven en sus naciones, cuántas lo hacen en ese paraíso llamado Miami?

Paradojas de la sospecha: los cubanos, pese a ser los únicos emigrantes que cuentan con una ley norteamericana que los admite de modo automático, ocupan sin embargo, proporcionalmente, el duodécimo lugar entre la emigración latinoamericana en EE.UU. Esto al parecer lo ignoran los medios, tan ocupados en demostrar que huir del socialismo es la obsesión de todos los habitantes de la Isla. Los que huyen en masa del «exitoso» capitalismo tercermundista y, a pesar de ser devueltos una y otra vez, logran al fin lavar los platos del sueño americano, no merecen la más mínima atención como fugitivos del orden que esos mismos medios desean y prefiguran para Cuba.

Resulta igualmente paradójico que Cuba busque normalizar las relaciones con su emigración mientras el gobierno de EE.UU. limita las libertades de los cubano-americanos para viajar a su país, y establece por decreto cuáles de sus familiares pueden recibir un paquete de medicamentos. Pero los sospechosos de limitar las libertades y los limitados de libertades solo existimos en Cuba, por tanto, no hay emigración cubana, sino «exilio», y mostrarse como parte de él es la manera más fácil de adquirir dinero, espacio mediático y hasta «prestigio» literario. Así se gana la gloria de algún jugoso premio para los peores disparates históricos o lingüísticos y se entra en el olimpo de los grupos editoriales más poderosos.

Importantes escritores, víctimas antaño de la persecución y el exilio —Augusto Roa Bastos, Ernesto Cardenal, Thiago de Mello o Mario Benedetti, por ejemplo— no existen para las amplísimas páginas de opinión que convierte a cualquier mediocre en agorero del fin de la Revolución cubana. La voz monocorde, que no obstante reclama para sí la capacidad de diálogo y de tolerancia, sustituye los argumentos con la mentira y solo admite escucharse a sí misma cuando alguien puede salirse del redil temático que tan celosamente vigilan los guardianes de la fe. Alejo Carpentier, escritor extraordinario,

que como otros grandes autores cubanos —Virgilio Piñera, José Lezama Lima, Nicolás Guillén—, enfrentó enormes dificultades para publicar su obra en Cuba antes de 1959, en medio de un panorama editorial casi desértico, seguramente sufriría en nuestros días la misma censura mediática que hoy padece la mayoría de los escritores cubanos, culpable del delito de pretender hacer literatura en un país que no acaba de entrar por el aro del circo imperial en que quieren convertir al mundo.

No se trata entonces de simpatías por los olvidados ni de preocupaciones por la calidad literaria, sino del funcionamiento brutal y eficaz de una maquinaria excluyente que, con la misma lealtad de un perro de presa, se lanza feroz sobre aquellos que la desafían y a quienes su amo no consigue silenciar. El pasado año lo hicieron con Gabriel García Márquez, acosado como un pecador en tiempos de Torquemada, por atreverse a matizar su opinión sobre Cuba. Ha vuelto a suceder recientemente con Belén Gopegui, esta vez por osar escribir una novela que se plantea la posibilidad de defender la Revolución cubana, confirmando que la censura llega hasta el espacio aparentemente libre de la ficción. Los shogunes de la palabra, no satisfechos con hiperpromover cualquier libelo disfrazado de literatura —incluso el intento de imponer la sordidez como único modelo literario para tratar la realidad cubana—, necesitan excomulgar a la oveja negra como garantía de que el rebaño no olvide las reglas.

Sin hablar directamente de política, los ciudadanos europeos merecerían que se les informara de la intensa vida artística cubana, de la lectura como fenómeno de masas y de la presencia constante en el país de figuras de la cultura y el pensamiento universales, de la extensión a todos los municipios de los estudios universitarios, de eventos como los festivales de Cine, de Ballet, la Bial de Artes Plásticas o la Feria del Libro, que se realizan en Cuba y que conjugan, como pocos en el mundo, el rigor estético con un público masivo. Realidades que, junto con el sistema que impide que se pierda un solo talento para el arte, las ciencias o el deporte, por apartado que sea el lugar donde se reside, serían barridas por el «programa de transición» que acaba de proclamar el señor W. Bush para nuestro país. Pero hablar de eso sería tal vez brindar demasiada información sobre el infierno, y nada mejor que la ignorancia para satanizar con facilidad la amenaza de lo diferente.

Todo esto, seguramente más, diríamos los sospechosos desde el incómodo banquillo de acusados, antesala de las bombas inteligentes y los daños colaterales, si se tomaran la molestia de escucharnos. Sabedores de que no es la libertad de grandes autopistas y gigantescos mercados cuanto necesita el mundo que sobreviva en las aldeas polvorientas donde el llanto de los niños no alcanza a los micrófonos de la CNN, por otra libertad bajo sospecha, como diría el poeta cubano Fayad Jamís, estamos dispuestos a darlo todo. ■

*Texto presentado a las jornadas de «Cultura y libertad en Cuba», Cádiz, octubre de 2004. http://www.lajiribilla.cu/2004/n182_10/182_01.html

★ PARA QUE NO SE DESTRUYA EL PLANETA ★

Adel Ibarra
Cuba

Ilustraciones: Darien



Entre documentales, anécdotas y un café apurado, entramos en una charla con José Daniel Fierro, asistente al IV Encuentro Mundial de Corresponsales de Guerra que sesionó en La Habana del 18 al 21 de octubre. Fierro participó en una brigada de paz en Bagdad, donde pudo percibir la cruda realidad que vive el pueblo iraquí. Este periodista del sitio web alternativo *Rebelión*, uno de los más leídos en Internet, nos relató sus experiencias en ese afán por hacer cada día una labor más transparente.

¿Podría hablarnos sobre su experiencia como corresponsal en Iraq?

No fuimos precisamente como periodistas, estuvimos allí como parte de una brigada de paz, un comité de solidaridad con la causa árabe, y dentro de la dinámica de trabajo de la brigada, también fuimos sensibles al papel de la prensa. Nos entrevistamos, intercambiamos opiniones y pudimos apreciar cuál era la situación que se estaba viviendo en Iraq. Luego, lo reflejamos en el trabajo del periódico, de *Rebelión*. Santiago Alba, que venía con nosotros, hizo aportaciones muy importantes con artículos y trabajos de todo tipo; incluso, el guión de un documental (*Bagdad rap 2003*) que rodó la brigada y se está presentando por varios festivales en todo el mundo. Ese guión fue escrito por Santiago Alba y es muy bueno.

En general, los medios de comunicación del poder que se encontraban en Iraq daban la sensación —según lo percibimos todos— de que en realidad solo cumplían órdenes de las oficinas centrales. Informaban lo que se les pedía y no hacían ningún otro tipo de trabajo de búsqueda de otra realidad. Anduvimos por las calles de Bagdad hasta unas horas antes de que comenzaran los bombardeos, no encontramos en ningún momento prensa que, como nosotros, se acercara a la gente y le preguntara qué percepción tenía, qué sentía o cómo interpretaba las amenazas del Trío de las Azores.

Los periodistas estaban fundamentalmente en los hoteles y en el Centro Internacional de Prensa, que era donde se recibían los despachos de las grandes agencias, del alto mando estadounidense, y no les interesaba para nada lo que realmente ocurría. De otra manera no se entiende que a nuestra vuelta, cuando participábamos de charlas o reuniones para explicar lo que ocurría, todo el mundo, concienciados o no, de izquierda o no, hacía preguntas que eran muy evidentes, pero no aparecían en los medios de comunicación. Les interesaba saber si realmente la gente apoyaba a

Saddam, si era tan malo o no, qué opinaba el pueblo sobre la guerra o el futuro que le esperaba.

Cosas que eran realmente importantes, porque a pesar de que a Saddam no le apoyaba todo el mundo, sí había quien estaba a su favor abiertamente. Pero lo que sí todos percibían allí era que se enfrentaban a una invasión. Tenían muy claro, los días antes de que comenzara la guerra, que lo que EE.UU. quería era el petróleo y la excusa de ir por Saddam Hussein era la coartada para una invasión, para la cual, de alguna manera, ellos se preparaban.

La resistencia que ahora se está dando en Iraq fue algo que nosotros vimos claro antes del inicio de la guerra. No había capacidad de respuesta militar porque realmente no existía un ejército ni armado ni preparado para enfrentarse al norteamericano; pero sí existía la resistencia y la necesidad de decir «cuando estén aquí, pues ya veremos si les echamos», porque —y así nos lo decían— «aunque tardamos muchos años en echar a los británicos, al final lo conseguimos. Con los EE.UU. haremos igual, aunque tardemos muchos años, al final conseguiremos echarlos». Y bueno, otros pequeños comentarios que nos hacían, que te muestran la realidad social, al menos de la capital.

Hubo parte de la brigada que permaneció durante toda la guerra; realizaron un informe en el que documentaron cómo sistemáticamente se bombardeaba, se dirigían a barrios populares y se alternaban unos con otros, para minar la capacidad de resistencia de la población con el único objetivo de que se rindieran cuanto antes; y cómo, además, por el tipo de muertes y heridas que se constataban en los hospitales, se veía claramente que estaban utilizando también armamento ilegal bajo las leyes internacionales.

Además se verificó que los bombardeos no iban dirigidos —como se pretendía hacer ver por todos los medios de comunicación del poder— contra instalaciones militares ni públicas, sino fundamentalmente contra la población civil. Cuando ese informe se presentó en España, ningún medio de comunicación —de los poderosos— se hizo eco de él. No hubo ninguna referencia al mismo, lo cual dice bastante sobre la labor realizada, de manera independiente y únicamente —digamos— militante, no interesaba para nada a las grandes cadenas que esa realidad se conociera. Lo que les importaba fundamentalmente, cuando había bombardeos, era la parte más morbosa, la cantidad de víctimas, pero más como un espectáculo. Cada caso sangriento representaba una forma de vender, de vender más. Cuando estuvimos en Iraq se veía que había cierto recelo entre las cadenas por ver quién ofrecía más información, hasta

el punto de inventar las noticias. Un ejemplo, el diario *El Mundo*, dos días antes de la invasión, anunció que Naciones Unidas ya había retirado todo su personal cuando no era cierto.

La guerra es un poco el estado final de lo que el capitalismo hace cotidianamente en unos sitios en forma de bombas y en otros en forma de consumo. Es una forma de ir destruyendo al planeta, a los países y a las personas que, por desgracia, son los más débiles y les toca, por ello, de una forma más sangrienta. Pero guerra y consumo, guerra y sociedad de consumo son las dos caras de la misma moneda. El papel que desarrollan los medios de propaganda, los medios del poder, en las sociedades de consumo, es el mismo que durante una guerra en un país determinado.

¿Qué ha significado este encuentro para un representante de un medio tan importante dentro de las redes alternativas como lo es Rebelión?

Yo diría que titularlo como IV Encuentro de Corresponsales de Guerra, de alguna manera está limitando —por esto último que he dicho—, una labor que es cotidiana a un espacio que se supone es la guerra: los conflictos violentos. Yo no haría esa distinción, no distinguiría entre guerra y trabajo cotidiano. Creo que en un caso y en otro, los periodistas son estos poquitos, que honrosamente se salvan dentro de lo que podríamos llamar medios comerciales y alternativos. La labor de ambos debería estar sujeta a los mismos criterios de honestidad y veracidad.

El desarrollo del encuentro me ha parecido interesante sobre todo porque permite —y más en un país como Cuba—, conocer a compañeros de otros medios y otras nacionalidades. Esto no quita que también hayan existido intervenciones de periodistas demasiado complacientes con la labor que en general se hace en los grandes medios. Yo siempre trato de ser crítico con el trabajo. Para muchos periodistas de medios poderosos esta crítica, esta autocrítica no existe. Estar en Cuba y ver que sí hay otros colegas que buscan realmente otro modelo a nivel mundial, otro modelo de comunicación, otro orden social, siempre es muy gratificante. El encuentro permite hacer muchos contactos y conocer a personas que de otra manera sería muy difícil o imposible. En ese sentido ha sido una oportunidad muy importante y creo que abre puertas a la colaboración para seguir creciendo, por lo menos dentro de medios alternativos que ha sido lo que más a mí me ha interesado buscar.

Quizás sería interesante planear un encuentro similar de medios alternativos que realmente tenga como objetivo otros parámetros como el intercambio de información entre iguales,

que no consideren que la información pueda ser comprada ni vendida. La información no es una mercancía. Lograr un intercambio no solo de informaciones y experiencias, sino de trabajo a otros muchos niveles, pues el establecer redes entre movimientos, entre radios comunitarias o cualquier otro tipo de medios de comunicación locales —no tienen que ser necesariamente digitales— nos permitiría seguir creciendo, porque ahora, al fin y al cabo, todavía estamos en una etapa incipiente; tenemos que hacer más, y hacer más daño al sistema.

¿Cuál puede ser desde su punto de vista, como periodista de un medio alternativo, el camino a seguir de la izquierda mundial, de los excluidos?

No tengo una idea muy formada de cuál debe ser el camino de la izquierda a nivel global, trabajo más desde el campo de la información porque lo conozco mejor y me siento más a gusto. Nuestro trabajo —incluyo a mis compañeros de *Rebelión*— va encaminado a ser una herramienta para el movimiento social, anticapitalista, y a la lucha por una verdadera democracia y una justicia social a nivel mundial. Intuyo que cada vez más y mejor, los pueblos se van organizando, se van autoorganizando y en general los partidos tradicionales —al menos por lo que conozco de las democracias burguesas, de las democracias formales—, han caído en el descrédito, porque forman parte cada vez más del sistema y dependen de él en cuanto a subvenciones, aceptan y acatan las reglas del juego que impone el capitalismo. Sí es cierto que hay una autoorganización interesante y fecunda, cada vez más se da la interrelación entre unos pueblos y otros, entre unas experiencias y otras, de igual manera mi estancia en Cuba habría que verla así.

Cuba es un ejemplo de cómo es posible que medios sin recursos sean un referente. Esa interrelación siempre es positiva para todo es el camino a seguir. Para mí, Latinoamérica siempre es un referente importante donde fijo la vista. Contrario a lo que aprecio en la izquierda europea, fundamentalmente institucional, muy metida dentro del sistema y sin capacidad de respuesta para las interrogantes que ahora mismo se están generando a nivel global.

Su condición de extranjero en este momento lo dota de una capacidad para valorar desde fuera nuestra actualidad, ¿podría Daniel Fierro explicarme la imagen que se lleva de nuestro país?

Mi primera visita a Cuba fue hace once años, justo en el momento más duro del período especial. Actualmente he visto un cambio para mejor. De este viaje me llevo una impresión positiva, me he movido, lo he intentado y creo que lo he conseguido, entre la gente, viajando en guagua y en *botero* y en general se hacen críticas que a mi juicio siempre son positivas. De ellas se puede encontrar una solución para seguir mejorando. Hay un potencial enorme para continuar avanzando, para corregir lo que los cubanos crean que está mal y, en cualquier caso, para tener una perspectiva, que por desgracia, en gran parte del mundo no existe. No existe en los países del Tercer Mundo donde la situación es cada vez peor y más desesperada; y tampoco en los países desarrollados donde precisamente tiene su centro de poder el capitalismo y donde más va a costar que el pueblo o los pueblos tomen la iniciativa.

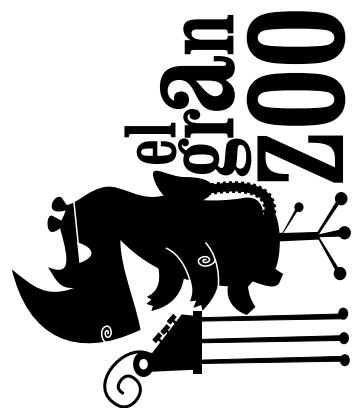
En Occidente y en todo el mundo capitalista la economía es deshumanizada, nadie sabe quién la dirige, es la que impone la cotidianidad. La política al final queda como un reducto para temas más anecdóticos, como el que se puedan casar los homosexuales o que la asignatura de Religión —como ocurre en España— pueda ser o no evaluable. En cualquier caso se obvia lo importante, que es quién decide las cosas en los países. Desde la Revolución francesa parecía que el objetivo de la democracia era ese, y se entendía por un estado de derecho aquel en el cual la política fuera la que decidiera, la que marcará el camino de un país.

En Cuba, lo positivo es que la política y la economía, hechas por hombres y mujeres, están al servicio del pueblo. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n181_10/181_29.html



La guerra es un poco el estado final de lo que el capitalismo hace cotidianamente en unos sitios en forma de bombas y en otros en forma de consumo.



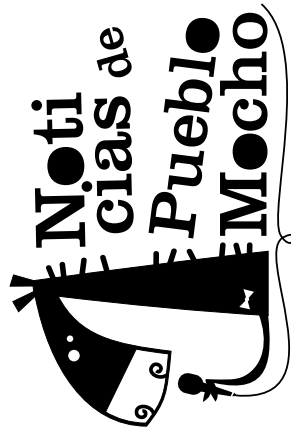
BUSH: EL VILLANO DEL AÑO

Prensa Latina

Según el sondeo, el actual inquilino de la Casa Blanca venció ampliamente, gracias a su papel en el filme de Michael Moore, *Fahrenheit 9/11*, a favoritos como el «malo» Doc Ock, de *El hombre araña 2*, interpretado por el actor Alfred Molina, y a los asesinos de la cinta *La masacre de serruchadores de cuerpos de Texas*.

El millonario e hijo del ex presidente George Bush también le ganó por la clásica milla al malvado Gollum, interpretado por el actor Andy Serkis en *El señor de los anillos*, y a la asesina *Elle Driver*, encamada por la espigada actriz Danyll Hannah en *Kill Bill*, de Quentin Tarantino. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n182_10/elgranzoo1.html



George W. Bush

Bush, hablando el sábado ante más de 7 000 simpatizantes en Waterloo (Iowa), se declaró ganador del debate del viernes y ridiculizó a su contendiente demócrata, a quien negó la capacidad necesaria para poder conducir los destinos de EE.UU.

N. del E.

No perdió... quedó en segundo lugar.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n180_10/pueblomocho.html



El 30 de abril de 1939, el relevante poeta y editor español Manuel Altolaguirre, cumplimentando la invitación extendida por la Institución Hispano-Cubana de Cultura que —como se sabe— presidía Fernando Ortiz, dictó una conferencia sobre Garcilaso de la Vega. Allí fue presentado por Nicolás Guillén cuyas palabras en tal ocasión vieron la luz en la revista *Ultra* (Vol. VI, N° 36, junio de 1939, pp. 563–564).

Desde entonces reposaban en estantes de bibliotecas institucionales o privadas sin que —hasta donde conozco— volvieran a publicarse: diríase en un limbo entre el olvido y el desconocimiento. Por ende, no se han incluido aún en los volúmenes que recogen su obra: involuntaria y desafortunada carencia. El lector será capaz de comprobar los valores del texto, y quizás llegue a compartir mi opinión de que se trata de una de sus mejores prosas poéticas.

No hacía mucho Altolaguirre había llegado a La Habana como exiliado republicano, luego de haber vivido su personal infierno durante la Guerra Civil y la salida de España. Se sintió en la necesidad de insertar algunos desgarrados comentarios a lo largo de su conferencia, y de establecer determinadas relaciones entre el poeta renacentista con otros actuales, contemporáneos suyos en el arte y el dolor. De tal suerte, incluyó determinados fragmentos ilustrativos que aparecieron en el ya citado número de *Ultra* (pp. 564–566), a seguidas de las palabras de Guillén.

Dijo Altolaguirre:

«Perdonadme que al comenzar mi conferencia me refiera a casos y cosas personales. Os voy a hablar de Garcilaso empezando por hablar de mí mismo, de mi vida, no de mis estudios, aunque luego tenga que dar salida a lo que estudié, poco y secundario. Y es que de Garcilaso de la Vega los poetas españoles de hoy hemos vivido disciplinas, paisajes, muertes y pasiones.

Escuchad estos versos de Garcilaso:

'Los montes Pirineos (que se estima
De abajo que la cima está en el cielo
Y desde arriba el suelo en el infierno)

Desde arriba y desde todas partes, el suelo
de esos montes Pirineos en el infierno estaban
cuando los dejé yo hace dos meses'» (p. 564).

Más adelante expresa:

«El poeta Garcilaso de la Vega murió en octubre de 1536 en el mediodía de Francia, cerca de donde ha muerto este año mi maestro entrañable, maestro

de toda la juventud de habla española, D. Antonio Machado. Y murió Garcilaso como D. Antonio, rodeado de recuerdos de guerra, en medio de una juventud heroica, él a consecuencia de una pedrada que le dieron los franceses; D. Antonio estoy por decir que de una misma muerte. La pedrada que le dieron a Garcilaso le abrió la frente como una granada. D. Antonio recibió en el pecho el duro golpe. Garcilaso murió al poco tiempo de ser herido en los brazos de un santo, el marqués de Lombay, San Francisco de Borja; D. Antonio en los brazos de su anciana madre, que murió con él, sin él, a los pocos días.

Perdonadme, repito, que siga hablando de mi maestro, de mis compañeros, de mis atormentadas vidas españolas, que hable de Federico García Lorca, al que escuchasteis desde esta misma tribuna, asesinado en Granada en octubre de 1936, el mismo mes, en el mismo año en que debieran celebrar el centenario de la muerte heroica del poeta del imperio español, Garcilaso de la Vega.

El centenario de la muerte de Garcilaso coincide en este siglo exactamente con la muerte de García Lorca como coincidió en el siglo XIX con un dichoso alumbramiento. En el año 1836 nació nuestro gran poeta romántico Gustavo Adolfo Bécquer.

Pero con esta referencia a los tristes y alegres números 36 del calendario español, me salgo del primer pasaje de Garcilaso, citado anteriormente. De aquel 'suelo en el infierno' en donde tanto noble pueblo español sufre y perece (p. 564).

Era imposible para un ser humano de sensibilidad como la de Manuel Altolaguirre, con sus lacerantes vivencias descarnadas todavía, sumergirse en el análisis de un autor de los Siglos de Oro a puro golpe intelectual de clasicismo, desentendido de los martillazos —pedradas— acabados de recibir junto a su pueblo. Por ello, retorna en movimiento pendular:

«Suyos son los versos a la desgraciada derrota de Los Gelves:

'El arena quemaba, el sol ardía, la gente se caía medio muerta... según leemos en la égloga segunda. La gente se caía medio muerta'. Tal vez recordase este verano en medio de su agonía D. Antonio Machado, como lo recordaba yo en medio de mi locura. Yo estuve loco, sí, detrás de unos barrotes, desnudo, conducido entre burlas por los senegaleses, sin comer ni beber durante nueve días. El haber perdido la razón entonces es lo único que me consuela de no haber muerto. Ya lo dije en mi elegía a Federico:

'Solo los muertos deben ser nombrados.
Los que vivimos no tenemos nombre'»

Garcilaso nos dice:

«La inhumana furia infernal, por otro nombre, guerra...» (p. 565).

En efecto, había arribado a La Habana desde *la inhumana furia infernal* que lo había marcado para siempre, y ahora lo obligaba a hacer suyos unos versos que citó en la conferencia después de afirmar: «Repito yo superviviente:

'... Y sobre todo fáltame la lumbre
De la esperanza con que andar solía

por la oscura región de vuestro olvido'» (p. 565).

Nicolás Guillén y Manuel Altolaguirre se habían encontrado antes en España, en 1937, durante el antifascista II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, celebrado en Barcelona, Valencia y Madrid. En ese contexto, hizo Guillén una lectura de «Sóngoro Cosongo» y Altolaguirre fue su presentador. El cubano le resultó una «revelación poética», expresión que María Zambrano retoma en su artículo «Dos conferencias en la Casa de la Cultura», publicado ese mismo año en la revista *Hora de España*, donde reseña la lectura de Guillén, así como una conferencia de Juan Marinello.

De modo que en La Habana, nadie mejor que Nicolás para introducir a Altolaguirre ante su auditorio. Las vibraciones espirituales del poeta cubano, la emoción que se desborda en el texto ante la presencia del amigo y colega recién venido del horror, su densidad conceptual y artística, la aguda percepción del crítico literario, ese acto sublime de hablar de un poeta desde la poesía misma, el reconocimiento de la valía literaria y humana del español, la sinceridad y probidad del elogio al poeta comprometido, hacen de estas páginas —entre otras razones y desde mi punto de vista—, una joya más de las escritas por Nicolás Guillén.

Sobradamente merece ser desempolvada su *Presentación de Manuel Altolaguirre* y reconocerle el debido sitio dentro de su obra. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n181_10/181_24.html

nicolás guillén, una página rescatada



Ricardo Viñalet
Cuba

Nicolás Guillén
Cuba

presentación de **Manuel Altolaguirre**

La pugna española ha sido como una gran tormenta, cuya fuerza de dispersión hubiera arrojado hacia todas las esquinas de la tierra un semillero de enérgico poder germinador. En tanto esa pugna mantuvo milagrosamente equilibrada la tensión entre una genuina y desvalida categoría hispánica, ansiosa de mejoramiento, y las enormes fuerzas movidas para oponérsele, España fue, como nunca, una ansiedad perenne en las inteligencias preocupadas por el destino último de una preciosa herencia de cultura. ¿Perecería tan rico legado espiritual bajo el peso de una bárbara concepción de la vida humana, y con él, cuanto entonces hallárase a su servicio para iluminar y engrandecer esa misma vida? Como los duendes de nuestra niñez, ¿podría la cultura acorralada, perseguida, traspasar paredones y cercos, murallas y encerronas, y lanzarse por fin, rehecha y libre, en busca de nuevos espíritus sobre los cuales incubar? Tal era la doble contradictoria interrogación. Pero cuando se deshizo el milagro, cuando se rompió el equilibrio, cuando desplomóse al cabo la fuerza que había estado resistiendo hasta límites titánicos, y aun se apagó ese largo alarido que nace de todo brutal desgarramiento, la tormentosa angustia fuese concentrando lentamente, hasta formar un quieto poso en nuestro espíritu. La respuesta, en medio de aquel magno desastre, era alentadora. Ciertamente ráfagas tremendas habían sacudido la recia y secular vegetación, desvistiendo los viejos robles; pero no lo era menos también que bajo la armazón deshecha quedaba la honda raíz, más viva ahora en cuanto había sido abonada con la cal de innumerables huesos anónimos e ilustres. España iba a salvarse, pues, en el instante mismo en que muchos creían perderla, y cuando otros se imaginaban que podrían ganarla. Iba a salvarse con su espíritu, con cultura.

Aquella gran tormenta dispersadora de la cual os hablaba al comienzo de estas palabras, que lanzó al espíritu de España fuera de su cuerpo, al cerebro español fuera de su cráneo, servirá, paradójicamente, para unir la España en carne viva —en carne viva del espíritu— con esta España nuestra, americana y trasatlántica, dispersa sobre un vasto continente: servirá para unir a España; a España consigo misma, porque lo que la tormenta ha diseminado momentáneamente de aquella tierra es en verdad todo lo que al sembrarse en la tierra del Nuevo Mundo, hace cuatro siglos, dio tono y proyección a la cultura americana.

Húmedo todavía por la lluvia; todavía deslumbrado por los relámpagos; ensordecido aún por el trueno; envuelto en el gran soplo dramático de la tempestad europea, he aquí a Manuel Altolaguirre, andaluz y español —vale apuntar ambas cualidades— recibiendo a rostro pleno el sol cubano, tantas veces entrevisto por él desde su Málaga natal, sumergida también en la misma blanca luz de nuestra Isla.

Hermano de otros tres grandes poetas andaluces, más ricos en años, pero no en gracia lírica —Lorca, Alberti, Emilio Prados— Altolaguirre viene, igual que ellos, de ese mismo litoral poético en el que, al sur de la Península, se ha fraguado la más alta poesía española de nuestra edad. Con el autor de «Marinero en Tierra», con el de «Romancero Gitano», con el de «Llanto en la Sangre», este poeta de «Las Islas Invitadas» forma parte de la fina familia hispano-arábiga que engendraron Juan Ramón Jiménez y el pobrecito Antonio Machado. Gracia alquitarada de pueblo o si queréis, gracia de pueblo alquitarado, vuela sobre la poesía de Altolaguirre y escala cimas de aire, para decirlo con su propia voz; y así como a Lorca y a Rafael Alberti diéronles Machado y Lope el tono de lo popular, a Manuel Altolaguirre le prestan su don hermético Góngora y Juan Ramón. Más que poeta puro, puro poeta, Altolaguirre es tan lírico en su obra como en su vida, que ambas hállanse

Húmedo todavía por la lluvia; todavía deslumbrado por los relámpagos; ensordecido aún por el trueno; envuelto en el gran soplo dramático de la tempestad europea, he aquí a Manuel Altolaguirre.

traspasadas y unidas por un mismo hilo musical. Toda su vida y toda su obra forman así una masa celeste, una sola unidad de ensueño, de amor y de inocencia.

Sin embargo, la guerra vino a despertarle. Llevole la guerra a otro mundo lleno de gritos despedazados, de sangre y de másculas canciones, y le enseñó cómo lo poético puede convertirse en suceso de vigencia inmediata, en una maravillosa manera de servir. La rebelión militarista le sorprendió entregado a la tarea de imprimir en taller propio —su pulcro taller de artista tipógrafo de la calle Viriato, en Madrid— un libro antológico de su obra, donde se juntaban versos a los olmos y a los manantiales y a los ocasos y a las praderas y a las playas y a la angustia y a los héroes y al amor: todo hacia dentro de sí mismo, todo dicho con esa fina voz íntima que habla tan alto en Altolaguirre y que ha llevado hacia fuera tan lejos, por sobre el mar, su definitivo nombre de gran poeta en nuestra edad. Vio entonces al pueblo correr en pos de armas para defenderse; le vio levantar la cabeza tras el golpe traicionero, y acudió en su ayuda para ofrecerle lo más limpio de su corazón. Y al pueblo dedicó su libro. Fueron los días en que ya para siempre se puso en pie lo más recio y genuino del pensamiento, del espíritu español: Machado, Alberti, María Teresa León, Emilio Prados, Bergamín, Arconada, Aparicio, Cernuda... Su esfuerzo se entregó totalmente a la liberación de los hombres de la calle; al enriquecimiento de la cultura popular, a la lucha esperanzada y despierta por la formación de un mundo menos malo. Así fue como le encontraron los hombres de América que pudieron tocar de cerca la carne española: así le encontré yo, al año de combate, en 1937, cuando los días del Segundo Congreso de Escritores Antifascistas, celebrado en Valencia, Barcelona y Madrid. Su antigua ternura era la misma; su limpia sonrisa infantil no había cambiado; pero su gracia de poeta, su claro numen, militaba insomne al servicio de la victoria republicana. Era soldado, no al modo del gran poeta de quien él os hablará dentro de pocos instantes, Garcilaso, que no lo fue como hijo de su tiempo por oficio imperialista, por mandato conquistador, sino como milite de una fuerza de cultura y de paz, que no aspira sino al amor entre los hombres, a la justicia y el bien. Todo el movimiento cultural de la República en guerra —como antes, en la paz— debe a Altolaguirre una deuda que nunca podrá pagarle y que él no quiere que le paguen. Tipógrafo, edita para las masas los libros que las masas necesitan; poeta de elevadísimo rango y recogida voz, lanza a la calle, para obreros y milicianos, el canto simple y directo, que así llora la muerte de Saturnino Ruiz, como levanta este sencillo nombre a la altura del ejemplo heroico; hombre, en fin, con dos manos poderosas, con sangre, con pulmones, con huesos, busca en el frente un arma, y se pone a luchar y a morir contra los invasores de su patria.

De allá viene, de aquel hermoso grupo dispersado por la tormenta. A pie, en la hora aciaga, atravesó las gargantas heladas de los Pirineos, cuando la lucha fue ya imposible. Supo entonces del horror de vivir agonizando en un campo de concentración; del exilio en la miseria; de la desesperación sobre la nieve —él, malagueño y solar. Ahora le tenemos aquí, en la América; aquí, en Cuba; aquí en la Hispanocubana. Hace muchos años que ya era nuestro, pero ahora lo será mucho más. Ahora será ejemplo vivo para nuestra juventud pensadora, porque su honrosa peripecia enseña cómo es posible que el arte de un poeta no le salga al paso a su responsabilidad de hombre, y que antes bien ha de servirle para que la convoque y exalte, poniéndose a luchar (*Ultra*, Vol. VI, N° 36, junio de 1939, pp. 563-564). ▀

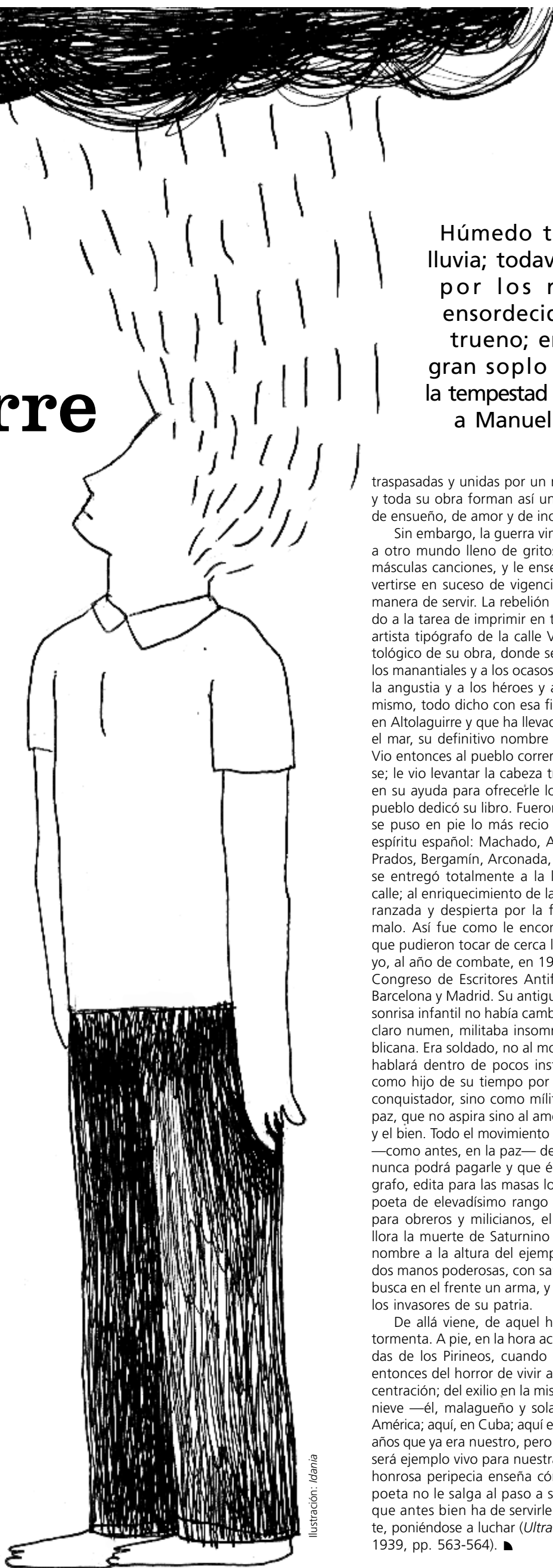


Ilustración: Idania



mandato

FALSOS:

La calma antes de la tormenta

James D. Cockcroft
La Jornada

Es una tradición en la democracia *lite* estadounidense robar elecciones cuando no hay un ganador claro, como ocurrió con la «victoria» de Kennedy contra Nixon en 1960, debida a la corrupción del alcalde Daily, de Chicago, o la «victoria» de George W. Bush en 2000 por el golpe de Estado de la Suprema Corte. Ahora tenemos la primera «elección» de Bush gracias a una combinación de corrupción en estados clave, errores de máquinas y la privación del derecho al voto de las minorías e inmigrante-ciudadanos «no blancos», incluyendo casi 3 millones de árabe-americanos (casi igual al margen de Bush en el voto popular).

Miramos a Ohio, estado clave. Las encuestas de salida indicaron una ventaja de Kerry de seis puntos. ¡Pero las encuestas no les preguntaron si sus votos fueron contados! Tradicionalmente el 3% de los votos en el país nunca se cuenta por razones sospechosas —el llamado *spoilage* (desperdicio)—, casi 100 mil esta vez en Ohio. ¡Y esta cifra no incluye los 150 mil «desafíos» o los errores mecánicos, como en un distrito de 638 votantes donde la computadora contó ¡4 mil 258 votos a favor de Bush!

Nacionalmente, de los votantes inscritos, el 40% no votó. Otro 49% votó contra Bush, algunos movilizados por una gigantesca campaña de *get out the vote* montada por sindicalistas y jóvenes antiguerra, muchos participando en su primera actividad política. Es decir, más de la mitad de la población estadounidense no apoya a Bush, lo que significa que no tiene un «mandato» por su agenda belicosa y ultraderechista.

En 11 estados del sur ganó Bush por un margen de 5 millones de votos, pero en el resto del país Kerry ganó 1,5 millones más de votos. Aun en los estados más bushistas el 40% votó «no» a Bush.

Entonces, ¿por qué «ganó»? Las respuestas en la gran prensa son mentiras, como siempre (recuérdese la desinformación usada para justificar la invasión a Iraq). Las explicaciones «culturales», tales como los sentimientos antiabortistas y antibodas gays o un mayor voto rural no reflejan la opinión mayoritaria de la población. Por eso, a pesar de pequeñas incursiones bushistas en el voto

femenino, una mayoría significativa de las mujeres todavía votó contra Bush (como en el caso de votantes latinos también). No, las explicaciones son otras:

El miedo de nuevos actos de terrorismo, combinado con patriotismo ciego, que no tolera cambio de líderes en tiempos de guerra. Muchas mujeres dijeron que Bush sacó la guerra del país, lo que es mejor que tener la guerra en sus propias ciudades o pueblos. Querían un ambiente seguro para sus hijos ahora, sin pensar en las consecuencias a largo plazo de las matanzas de miles de niños en Iraq y Palestina u otras partes del mundo bajo la doctrina de guerra sin fin.

La propaganda del Estado en cuanto a la guerra contra el terrorismo, la protección de la «seguridad nacional» y los valores «patrióticos» de *God and Country* favorecieron a Bush, aunque Kerry habló de estos puntos tanto como él, proclamando que «manejaría» mejor todo y «ganaría» la guerra en Iraq. (Hace muchos años Jacques Ellul observó que la meta de la propaganda del estado es reforzar las creencias en vez de cambiarlas). El público ya conoció cómo Bush actúa en una guerra y no sabía cómo lo haría Kerry.

Ganó la imagen *folksy* de Bush contra la del «intelectual elitista» Kerry, o sea, el populismo más eficaz de uno de los dos candidatos multimillonarios mentirosos. La base social estable de Bush se ubicó en la mayor parte de las comunidades cristianas evangélicas —el 30% de la población— dándole una ventaja desde el principio porque, sí, sus votos están contados.

Es difícil votar cuando uno tiene que trabajar, las colas duran hasta 12 horas y la mayor parte de los «desafíos» y *spoilage* son contra la clase obrera y las minorías que tienden a votar contra Bush.

Entonces, ¿qué pasará? Nunca sabemos, pero la confianza serena de Bush podría ser «la calma antes de la tormenta». No se ve una recuperación económica estadounidense ni su «victoria» en Iraq, Irán, Corea, Haití, Cuba u otros lugares del imperio en deformación, sino todo lo contrario. Además, el apoyo a Kerry de muchos famosos periódicos, como *The New York Times* y *Los Angeles Times*, refleja una división incipiente en la burguesía. Aun los neoconservadores están divididos.

Más importante es la continuación de las movilizaciones antiguerra, de mujeres y de otras minorías: más de un millón hace seis meses en Washington defendiendo el derecho al aborto y medio millón a fines de agosto en Nueva York contra la guerra y Bush. El día después de la elección, a pesar de la lluvia, 5 mil manifestantes en San Francisco se pronunciaron contra la guerra. Hubo protestas similares en otras 40 ciudades.

Los adultos jóvenes votaron en gran número por primera vez y contra Bush. Es posible que los que no se desmoralizan van aprendiendo de la inutilidad de los dos partidos políticos controlados por los ricos y participarán en las manifestaciones que ya se preparan para el 20 de enero (día de la toma de posesión de Bush) y del 19 y 20 de marzo (segundo aniversario de la invasión a Iraq).

El criminal de guerra Richard Nixon no pudo sobrevivir su segundo período en la Casa Blanca aun en tiempos de relativa prosperidad económica. Vamos a ver si el criminal de guerra actual puede hacerlo en tiempos cuando más gente que nunca se da cuenta de que el emperador está desnudo bajo su vestido nuevo de «globalización y democracia». ▀

<http://www.lajiribilla.com/noticias/n0025.html>

<p>Jefe de Redacción: Nirma Acosta</p> <p>Diseño: Eduardo Sarmiento Darien Sánchez</p> <p>Ilustraciones: Camaleón</p> <p>Realización: Isel Barroso</p> <p>Webmasters: René Hernández Janios Menéndez</p> <p>Corrección: Odalys Borrell Grechel Calzadilla</p>	<p>Consejo de Redacción: Manuel H. Lagarde Julio C. Guanche Rogelio Riverón Bladimir Zamora Omar Valiño Joel del Río Daniel García Ernesto Sierra Jorge Ángel Pérez</p> <p>Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo O'Reilly #4 esq. Tacón, La Habana Vieja. ☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00 www.lajiribilla.com www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma</p>
---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

